

DONATIVO  
DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MADRID  
1940



# LAS MISIONES CATÓLICAS

## Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.  
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

## Se publica el 15 de cada mes

Año VIII. - Martes, 15 Mayo 1900. - N.º 161

## Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.  
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona

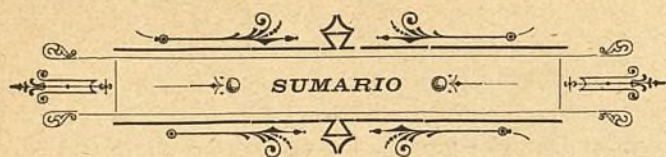


GABÓN (África Occidental).—L'Omwiri saliendo del bosque

Reproducción de un dibujo del Ilmo. Le Roy. (Pág. 107)

JUNIO  
1900

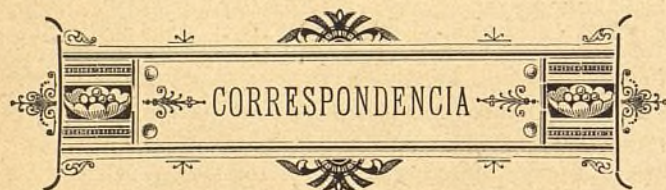




**Texto.**—CORRESPONDENCIA: *Duncanfu, Chan-Tong Septentrional* (China); *Han-Kow* (China); *Nie Kia se* (China).—A QUÉ SE DEBE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE «PROPAGANDA FIDE» EN ESPAÑA.—LOS PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—CHINA AL BORDE DEL ABISMO.—UN CELOSO MISIONERO SABIO EMINENTE Y GRAN PATRIOTA, biografía del P. Agustín M.<sup>a</sup> de Castro, agustino.—SIDÓN Y TIRO.—VARIEDADES: La lima de los deseos.

**Grabados.**—GABÓN (*Africa Occidental*): *L'Omwiri* saliendo del bosque.—FILIPINAS (*Manila*): Interior de la iglesia de los Padres Agustinos Calzados.—FILIPINAS (*Manila*): Familia indígena.—ANTES DE BEBER EL VINO DE LA PALMA: La libación.—INDOSTAN (*Chote-Nagpore, pueblo Kola*): Raza que según la tradición fué la primera pobladora del respo de Magadha, de donde los arrojaron poderosos adversarios.—GABÓN: Sacrificio de una gallina en la proa de la piragua (Alto-Ogowé).—SIDÓN: Ciudad de Palestina en los confines de la tierra de Canaán.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



## DUNCANFU, CHAN-TONG SEPTENTRIONAL (China)

### *La persecucion religiosa*

Con fecha del 16 de Febrero nos escribe el R. P. Fr. José María Vila, franciscano, la siguiente conmovedora relación de las desgracias que afligen á los católicos en el infeliz celeste Imperio, que con satánico furor resistese á la luz salvadora y vivificadora del Evangelio. No dudamos que los católicos españoles oirán la voz del misionero español que de tan remotas tierras les tiende la mano y pide una limosna para lograr renazcan florecientes las cristiandades hoy dispersas y afligidas, sin capillas y sin hogar, pues todo lo ha destruido la maldita furia de los perseguidores.

UN año hace escribí á las *Misiones Católicas* reseñando las peripecias de nuestra Misión Franciscana de la provincia del Chan-tong. Deseaba escribir otra vez para dar á conocer á los católicos españoles la furiosa persecución que azota esta tierra, pero el haber sido la primera víctima me impidió el satisfacer mis deseos, pues fugitivo de pueblo en pueblo, y corriendo en busca de cristianos á quienes alentar y socorrer con espirituales auxilios, carecía del tiempo indispensable para hacerlo.

Tantos y tan graves son los acontecimientos que en este vicariato se suceden, que forzosamente han de interesar á los lectores de esa católica Revista. ¡Quién poseyera la pluma de otros corresponsales para dar á conocer, á lo menos parcialmente, las necesidades de los cristianos á mi cargo confiados!

En la anterior correspondencia decía algo de la persecución religiosa causada por las sectas que pululan en este imperio chino; y preveía una catástrofe terri-

ble, la que por desgracia se ha realizado el pasado año 1899.

La secta llamada *tatohui*, grandes cuchillos, porque en sus excursiones homicidas usan un descomunal machete, ha hecho tan rápidos progresos, que parece que todos los diablos del infierno han salido para destruir nuestra santa Religión. Hace cinco años la secta que me ocupa era desconocida en esa provincia; empezó á extenderse por la parte meridional, y tomó incremento después de la toma de *Rocou*, verificada por la escuadra Tedesca el pasado año. Al principio fué conocida con varias denominaciones halagüeñas, para hacer prosélitos, pero su verdadero nombre es *tatohui*, porque no pueden usar otra arma que el machete.

El fin principal de esa secta es desterrar á los europeos del imperio chino, para logrado esto poder más fácilmente cambiar la dinastía actual, protegida por los Gobiernos europeos; y en consecuencia no solamente persiguen á muerte á los misioneros católicos, sino también á los protestantes, y á cuanto huele á europeo. De un año á esta parte la persecución ha tomado tal incremento, que no es fácil describirlo en pocas líneas. En casi todos los pueblos se reúnen diariamente multitud de hombres, y aun mujeres, para ejercitarse en el manejo del machete, amenizando sus ejercicios con gritos contrarios á nuestra Religión sacrosanta y á todo lo europeo.

De dos años á esta parte, sabíase que el *tatohui* eran numerosísimos en este distrito de Duncanfu; pero nadie soñaba en la posibilidad de sublevación tan horrible. Pero ¡secretos juicios de Dios! El Señor permitió que viniese un gobernador imbécil é inhumano, que anhelaba vengarse de los cristianos por las acusaciones que antes había recibido por su mal proceder contra los europeos. Desde el mes de Febrero de 1899, que empezó á gobernar esta provincia, manifestóse protector decidido de esa secta destructora. La protección del mal gobernador, unido al odio diabólico que tienen los paganos á la Religión católica, fueron causa de que en el mes de Octubre de 1899 estallase una persecución tan terrible, que difícilmente se encontrará igual en los anales de ese desgraciado imperio. Era el 10 de Octubre, nadie podía alentar la menor sospecha, y de súbito estalló la horrible persecución.

Su primer acto fué asesinar un cristiano, residente á dos kilómetros de la ciudad de Cepisa. El fin que se proponían era encontrarme de noche y viajando, para cogerme con mayor facilidad. Para lograrlo llamaron á la puerta de la casa del catequista, diciéndole que yo me hallaba en un pueblo distante tres kilómetros, y que debía salir á recibirme. Este cristiano, que ignoraba mi paradero, creyólo, salió y encontré con siete hombres armados que le preguntaron si era cristiano, y le exigieron declarase el lugar donde residía: á lo primero respondió afirmativamente, mas á lo segundo dijo en verdad que lo ignoraba. Entonces llevándole á cuatrocientos pasos del pueblo diéronle tantos machetazos, que lo dejaron agonizante. A los clamores del paciente huyeron los asesinos, temerosos de que el pueblo se amotinara. Su deseo era que al saber yo la noticia saliera á extremunciar al paciente, para con facilidad cogerme y matarme. Pero Dios no lo permitió, y hasta la



mañana siguiente no supe nada de lo ocurrido. Fuí muy de mañana á ver al pobre, lo confesé y dile la Extremaunción; y después de tres horas de sufrimientos inauditos, entregó su alma al Señor, perdonando á los asesinos de todo corazón. Vino también el mandarín á ver el cuerpo del tan bárbaramente asesinado, levantó acta del delito, y prometió coger sin demora á los asesinos. Mas ¡oh justicia china! sólo después de repetidas instancias cogió á uno de los culpables, el que á pesar de ser evidente su culpabilidad, como se negara á confesarla, púsole otra vez en libertad, y éste fué el primero que encendió el fuego de la persecución. Reuniéronse los principales jefes de los *tatohui*, y determinaron incendiar iglesias, capillas y casas de cristianos. Para mejor realizarlo, dividiéronse en varios grupos y empezaron á destruir todo cuanto era de cristianos. Repetido é interminable surgía del compacto grupo el grito de «¡Mueran los extranjeros! ¡mueran los secuaces de la Religión cristiana!» A la vanguardia marchaban los *prestigiados* (de quienes hablé en otra correspondencia), les seguían los guerreros ó asesinos empuñando el machete, resueltos á matar al cristiano que se opusiera á sus fines perversos. Los últimos eran los ladrones é incendiarios que devastaban las habitaciones, llevándose cuanto había de algún valor.

Después de incendiadas y saqueadas varias cristiandades, fueron á devastar la residencia donde yo y otros misioneros solíamos descansar de nuestras correrías apostólicas. En ella había la mayor parte de cuanto poseemos; ropas y otros objetos de unos y otros sacerdotes, todo quedó destruido ó robado, y lo que no quisieron ó no pudieron llevárselo, junto con la iglesia gótica á tres arcadas y la vivienda de los cristianos, quedaron reducidos á ceniza. Los ladrillos y piedras, restos del horrible incendio, fueron vendidos por miserable cantidad.

En este pueblo sólo había antiguos cristianos, sin que en él existiera un solo pagano; por eso todos los misioneros acudían en él como lugar de refugio. Treinta á cuarenta familias que formaban un total de más de trescientas personas, eran las que vivían en torno de nuestra residencia de Zinanfu, junto con otros muchos nuevos cristianos reducidos á miseria por esta misma diabólica secta. Espaciosas eran la iglesia y la casa del misionero, habiéndose gastado en la construcción de aquélla más de treinta mil pesetas.

No satisfechos con los anteriores ensayos, determinaron proseguir sus correrías por otras cristiandades, y fué tal el éxito que coronó sus empresas, que de las cincuenta cristiandades existentes en este departamento de *Cipin*, no quedó sino una, que por formarla una sola familia la olvidaron. Casi todas las casas pertenecientes á los cristianos, lo propio que las iglesias y capillas, fueron quemadas, y las que no pudieron quemar por su vecindad con las casas paganas, divirtiéronse destruyéndolas y vendiendo á vil precio la madera y demás restos del edificio: dinero, grano, vestidos, todo, en una palabra, cuanto tenían en casa y no pudieron anticipadamente meter en seguro, fué robado ó quemado. Lo peor es que queriendo los pobres fugitivos refugiarse en la vivienda de paganos parientes, éstos no se atrevieron á recibirlos por temor de incurrir en

la misma pena. Por esto fueron cogidos varios de ellos, y por esto los que quisieron librarse de sus manos debieron, después de muchos malos tratamientos, desembolsar cierta cantidad de dinero, mucho más de lo que alcanzaban sus cortos caudales, debiendo vender la tierra, única cosa que los salteadores no pudieron llevar. Los que ó por no tenerla ó por no querer negáronse á pagar la cantidad exigida, fueron bárbaramente asesinados. Los que no quisieron pagar y con inquebrantable firmeza confesaron la fe de Cristo, fueron en solo mi distrito ocho, debiendo á este número sumarse los que mató el terror y los no interrumpidos sobresaltos.

Sirviéronse de cuantos medios les sugirió el diablo para á la pérdida de los bienes materiales añadir la del don inestimable de la fe. De manera franca ó solapada procuraban hacerles dar dinero para convites supersticiosos y diabólicos. A otros valiéndose de la fuerza obligábanles á hacer genuflexiones al ídolo. Otros, en general parientes ó amigos, exhortábanles á que accedieran momentáneamente á la tentación, quedando después libres para profesar la fe abandonada. Mas, por la gracia de Dios, poquísimos son en mi distrito los que han sucumbido á las asechanzas del diablo tentador. Muchos de ellos pudieron escaparse á otras cristiandades no tan visiblemente perseguidas, otros vinieron á la residencia de Zinanfu, otros que fueron cogidos han confesado y defendido la fe con valor á pesar de muchas pruebas, y algunos han preferido la muerte gloriosa antes que sucumbir á las infernales intrigas. No satisfechos con obligar á los hombres á abandonar la fe, cometieron los más horribles excesos, obligando forzosamente á las doncellas cristianas á casarse con paganos, y vendiéndolas peor que si fueran inmundos animales. Una de estas cortóse su hermosa cabellera para librarse de la persecución.

Ante tal cúmulo de males preguntará alguno: ¿qué hacía la Legación francesa? ¿cómo no velaba por la observancia de los contratos de libertad religiosa existentes en China? ¿qué hacían las Autoridades chinas? De estas últimas puede decirse que han perdido el entendimiento. Las ciudades están noche y día custodiadas, pero no cuentan con un solo hombre para oponer á los rebeldes que devastan las cristiandades. Se ha escrito y aun se ha mandado un misionero á Pekín para reclamar nuestros derechos, mas el legado francés al principio dejóse engañar por el *Zusiliamen* (tribunal chino), que decía reinaba la paz más completa en esta del Chan-tong, afirmación falsa debida á la astucia del gobernador de la provincia, quien mientras nosotros pedíamos protección, él escribía diciendo no había lugar, pues la paz era absoluta. Si algún subgobernador quiso hacer justicia á los cristianos, fué depuesto de su cargo, y los soldados mandados al principio fueron peores que los mismos *tatohui*. Al fin, después de innumerables reclamaciones por cartas y telegramas, el Gobierno se convenció que la paz era mentira, y quiso poner remedio cambiando el gobernador.

Efectivamente, el día de la Natividad del Señor llegó el nuevo gobernador tan esperado, pues traía la tan deseada paz, que aun cuando no será un hecho tan pronto como deseamos, nos ha hecho concebir fundadas esperanzas de que la destrucción pasará á otros departa-



mentos, los cuales ha guarnecido con soldados de su mando, que han aprisionado los principales cabecillas de la insurrección. En Dios, y no en las Autoridades chinas, que nos odian con toda su alma, fundamos nuestras esperanzas. Los fugitivos cristianos no pueden aún regresar á sus casas por temor de ser asesinados, ó terriblemente probados en la fe que profesan. He recorrido todos los pueblos para alentar y consolar á mis neófitos, y he visitado todos los mandarines pidiendo protección, y luego me he refugiado en esta capital agobiado por el peso del dolor. ¡Ah! ¡las calamidades todas parecen haberse conjurado contra mi pobre distrito! El demonio, envidioso de tantas conversiones como se habían hecho en estos últimos años (más de mil neófitos), ha querido con la permisión de Dios destruirlo todo en poco menos de tres meses. ¡Dios sea bendito, y haga que estos males redunden en bien y provecho de mis queridos cristianos y de este pobre misionero!

Resumiendo: los males materiales sufridos en este vicariato son ciento veinte cristiandades con sus iglesias y capillas destruidas; las casas que no han podido incendiar las saquearon, y en algunos lugares en que los paganos defendieron á los cristianos, estos últimos han debido pagar más de lo que valían sus miserables casas. Los cristianos refugiados en nuestras residencias son más de cinco mil. A algunos ha sido necesario darles ropas, pues despojados de la que poseían hubieran muerto de frío. Todos estos gastos han debido sufragarse con los escasos recursos de nuestra pobre Misión, los que, según me dice el Vicario apostólico monseñor Demarchi, ya están agotados. ¿Qué hacer? ¿los dejaremos morir de hambre? ¿los mandaremos á sus casas ya destruidas, y donde les amenaza el peligro de perder la fe profesada? Este es el problema que tortura mi afligido corazón. Si continúan aquí, carecemos de medios para alimentarlos. Si les mandamos á sus casas, no podrán resistir á las asechanzas del enemigo. ¡Vosotros, solo vosotros, cristianos de Europa, á quienes Dios ha concedido nacer en un país católico, podréis aliviar en parte nuestros males, rogando por nosotros y dando alguna limosna, la que será agradecida infinitamente de mis pobres cristianos. En fin, la cruel necesidad me obliga á suplicaros socorráis las necesidades de mis pobres cristianos, que todo lo han perdido.

Varias veces en mis mal delineadas letras he pedido auxilio á mis paisanos, mas ¡oh miseria! hasta ahora, que yo sepa, no he recibido un céntimo. ¿Cómo, me pregunto, se habrá agotado la caridad en mi amada patria? ¿No sabrán que aquí en China hay misioneros españoles que se sacrifican por el bien de las almas? Pero no; espero que esta vez se llenarán los deseos de mis cristianos y los de este pobre misionero que ruega á Dios por todos (1).

(1) Las limosnas pueden remitirse á la *Obra de la Propagación de la Fe*, rue de la Charité, 14, Lyon (Francia), ó á esta Administración.

## HAN-KOW (China)

El R. P. Fr. Agustín González escribe al R. P. Fr. Pedro Rodríguez la siguiente carta, que muestra el desesperado empeño con que los protestantes trabajan para contrarrestar la salvadora influencia del Catolicismo.

**E**MPIEZO esta epístola diciendo *mea culpa*, pues desde que me separé de V. hasta la fecha, no he dicho siquiera esta boca es mía; no achaque mi silencio ni á la indolente pereza de que soy enemigo, ni al olvido ingrato que por la misericordia de Dios tampoco me domina; culpe sí á las circunstancias que en ésta nos rodean, pues desde el punto á que me ha destinado la obediencia, los correos son insegurísimos y por milagro llega alguno á Han-kow. Ahora que he bajado á esta Concesión europea por negocios de la Misión, no quiero desperdiciar la favorable circunstancia que se me presenta de poder dirigirle cuatro letras. Quisiera relatarle, porque sé que tiene gusto en saberlo, cuantas peripecias me han sucedido desde que la obediencia nos separó á los dos, pero á decir verdad ni yo dispongo de mucho tiempo para hacerlo, ni creo que á V. le sobrará para entretenerse en leer mis garabatos: así que sólo le contaré lisa y llanamente, sin remilgos literarios, que nunca aprendí, los *casos y cosas* que me sucedieron en una excursión que hice en el pasado Agosto.

Tocaba ya á su fin el mes de Julio, cuando los calores se hacen sentir de un modo abrasador, casi insoportables para nosotros, acostumbrados á otra atmósfera bien distinta de la que se respira en el Imperio de los coletudos: tranquilo pasaba los días acompañado del P. Benito, y dedicados á nuestra tarea de catequizar á los rudos campesinos y enseñarles la doctrina y leyes cuya observancia conduce al reino de los cielos, cuando llega á nuestros oídos que los protestantes se habían entrometido en la viña encomendada á nuestro celo, y esparcido ya la cizaña que indefectiblemente sofocaría la buena semilla que nosotros con la ayuda de Dios habíamos sembrado con anticipación. ¡Ojalá tuviera dotes de escritor para trazar con viveza y energía el odio satánico que los hijos del *padre de la mentira* abrigan en su pecho contra la Iglesia católica! ¡Quién me diera, como al Profeta, que pudiera yo también dar á conocer al mundo sus crímenes y maldades, *revelabo pudenda eorum*?

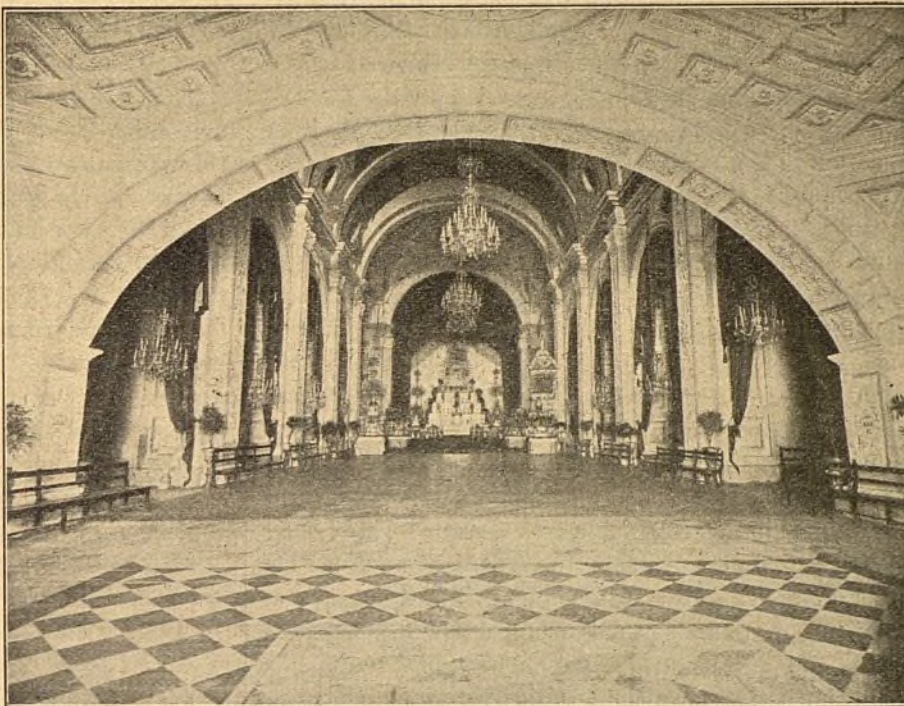
Cuatrocientos *lis* (una legua española tiene 10 *lis* chinos) distante de Han-kow se halla nuestra residencia de Ya-Lan, situada á orillas del río grande, y á la falda de un monte que, aunque no muy elevado, desde su cumbre representa á la vista del espectador un panorama en extremo poético: al Occidente de nuestra residencia se divisa el extenso lago de la provincia de Hu-pe, que en tiempo de la crecida de las aguas, más bien que lago parece mar; al Oriente y Mediodía sólo se ofrecen á la vista escarpadas montañas, cuyos picos parecen confundirse con el horizonte; entre estos montes y 49 *lis* distante de *Ya-lan*, se encuentra la población más comercial de todo el distrito de *Ling-siang*, que lleva por nombre *Nie-Kia-Se*, á donde por la temporada del té los rusos van todos los años para hacer



su comercio y entregarse á las delicias mundanales con despregio muy grande del buen nombre europeo. En esta población tan céntrica y comercial fijaron sus miradas los protestantes, y allí pretendían fijar sus reales para esparcir la doctrina de su diabólica secta, y al mismo tiempo crear obstáculos á la propagación de la Iglesia católica. Para mejor inteligencia de los hechos que le voy á referir conviene tener presente el luminoso principio que los protestantes, consiguientes con su doctrina de *protestar* contra la Iglesia, vienen á China exclusivamente á ponerle estorbos y trabas á la Iglesia católica y á sus ministros: son, permítame la expresión, como perros falderos que, á donde quiera que su dueño dirija los pasos, le siguen fielmente: del mismo modo los protestantes se portan con la Iglesia: ellos no se atreven á abrir nuevos puntos, pero téngase por cierto que en cualquier lugar que se radiquen los misioneros católicos, más tarde ó más temprano han de seguirles los protestantes, como la sombra al cuerpo y el *canelo* á su dueño.

Pues viniendo al caso les diré que á principios de Julio pasado se presentó en *Ya-lan* un caballero de la población antes citada, *Nie-Kia-Sé*, que á juzgar por su porte parecía hombre honrado, suplicando ser instruido en la doctrina católica y contado en el número de los catecúmenos: preguntados varios de los que le conocían acerca de su conducta moral, resultó ser un pez de los que entran pocos en libra, y de tan mal vivir que su fama era conocida en varias leguas á la redonda, y tan temido de todos por su maldad, que sólo su nombre era señal de alerta para unos, de desesperación para otros y de terror para todos: con tales antecedentes por de sabido se calla que nosotros con buenas palabras le cerramos la puerta; vuélvese á su tierra despechado por la repulsa sufrida, reúne veinte compañeros de su maldad, y todos juntos se ponen en camino para la ciudad de *Hu-pe*, con el fin de inscribirse y militar bajo la bandera protestante. Llegar al término de su viaje, y ser contados en el número de los malditos secuaces de Lutero es una misma cosa, pues estos abortos del infierno más se pagan del número que de la bondad de sus adláteres.

Muy ufanos vuelven á su tierra viendo su nombramiento ya en las filas protestantes, y á los cuatro vientos propalan que ó poco han de valer, ó muy pronto aniquilarán unos pocos catécúmenos que nosotros en dicho punto teníamos. Viendo que el caso era grave, y que la soberbia y audacia de los nuevos *cabreros* crecía de día en día, destinamos un nuevo cristiano, que por seis años habia desempeñado en aquella secta el oficio de predicador, y confiábamos en que, como bien enterado de los flacos de la doctrina y costumbres protestan-



FILIPINAS (Manila).—Interior de la iglesia de los Padres Agustinos Calzados

tes, al mismo tiempo que instruir á los catecúmenos, podría también contrarrestar la ola protestante: nuestra esperanza salió frustrada, pues los *cabreros* á todo trance intentaban poner por obra sus diabólicos propósitos de aniquilar el nombre católico; nos habían arrojado el guante, y nosotros, sin caer en la nota de cobardes, no podíamos menos de recogerlo y descender á la arena para vérnoslas con ellos: así que el 31 de Julio, fiesta de San Ignacio, salí para dicha ciudad acompañado de varios cristianos de *Ya-Lan*: hice el viaje en silla, pero por unos caminos tan escarpados y tortuosos que los cargadores dieron varias veces en tierra con peligro de causarse grave daño á ellos y á mí: en paz y gracia de Dios, sin más novedad que algunas caídas y muchos tropezones, llegué al término de mi viaje, y al entrar en la ciudad me dirigí á visitar al mandarín militar, antiguo amigo y protector nuestro, que me hizo un recibimiento afectuosísimo y con todas las ceremonias que en tales casos se estilan con los grandes mandarines: después de dar buena cuenta del *tente en pie* con que me obsequió, le expuse cuál era el fin de mi venida á la ciudad, y le supliqué me prestase su apoyo en la campaña contra los protestantes; á lo que él muy caballerosamente respondió que le tenía á mi omnimoda disposición.

Después de las ceremonias de costumbre me despedí de él y fuí á hospedarme en casa de un catecúmeno, que en seguida me ofreció la mejor habitación que tenía, pero era de tan malas condiciones que sólo pude habitarla tres días, pues por un lado estaba la cocina y por el otro una ventana tan bien orientada, que desde que el sol salía hasta que dejaba de iluminar con su luz, ni un momento siquiera dejaba de dirigirme sus ardorosos rayos: con tan cómoda y fresca habitación y con la multitud de gente curiosa que continuamente me rodeaba, supóngase lo bien que lo pasaría.

Los protestantes tan pronto como se dieron cuenta



de mi llegada se prepararon á la pelea, y su diabólico fervor llegó á tan alto grado, que en la primera ocasión que toparon con los cristianos, que me habían acompañado, les zurraron sin compasión: tristes y descorazonados vienen á darme tal nueva; les consuelo y animo á que sufran con paciencia tales vejaciones, y que confíen en que poco á poco con la ayuda de Dios y del mandarín les ajustaremos bien las cuentas, y les pondremos las peras á cuarto. Al día siguiente me presento á la Autoridad local exponiéndole el caso y pidiendo justicia: el mandarín responde muy bien, y á la continua da órdenes para prender á los agresores, de los cuales sólo pudo coger á uno, pues á los demás me dijo que les temía y que le era imposible castigarlos.

Visto que el mandarín local en realidad no podía prender y juzgar á los agresores, acudí por carta al prefecto ó superior rogándole que tomase severas medidas acerca de los protestantes, añadiendo que por los frutos de la secta protestante, bien podía llegar al conocimiento de la maldad del árbol, y por último le suplicaba que para seguridad del pueblo y bien del mismo mandarín, no les permitiera radicarse en su jurisdicción. El prefecto contestó muy atentamente, y á los cuatro días habían llegado ya á la ciudad los esbirros mandados por él para prender y llevar al tribunal á los *fervorosos cabreros* que se habían escapado á la ciudad de Hu-pe para implorar auxilio y ayuda de sus pastores, quienes creyeron lo más acertado escribir al mandarín una carta difamante contra la Iglesia y el misionero, y mandar á muchos de sus secuaces en son bélico para atemorizar al mandarín y ahuyentar de allí al misionero.

La lectura de dicha carta produjo en el mandarín una impresión fatal; y no parece sino que por momentos iban á descargar sobre él todas las iras de los Estados Unidos (de la citada República son los pastores en cuestión): en seguida me mandó aviso para que fuera á consultar con él lo más conducente en tan apurado caso: volando corrí á verme con él, y tan pronto como nos *careamos* tomé á chacota su grande aflicción y le dije que nada temiese, porque los protestantes no poseen ningún documento oficial que les autorice para predicar en Hu-nam, y por remate de la conversación le supliqué encarcelase al portador de la tal y tan temida carta, en lo cual, aunque con mucha repugnancia, también me complació.

Muchos avisos y buenas palabras me dirigieron desde Hu-pe los protestantes, rogándome que fuese más condescendiente con sus correligionarios, á todo lo cual hacía oídos de mercader: viendo ellos que nada podían sacar por buenas, echaron mano de las amenazas, propalando que si el misionero no condescendía con los acusados *cabreros*, destruirían la iglesia y matarían al Padre y sus catecúmenos. El mandarín con tales nuevas temblaba como una vara verde, y por fin se decidió á armar á sus soldados por lo que pudiese suceder: el color amarillento de los catecúmenos se mudó en ceniciento, y en fin toda la ciudad estaba en continua alarma por causa de los *cabreros*, á quienes poco á poco se les ajustaron bien las cuentas, y no tuvieron más remedio que disolver su secta é irse con las Biblias á otra parte.

Vueltas las cosas á su antiguo estado y restituida la paz me volví á Ya-lan: hice el viaje por agua, pero después de andar algunas leguas se levantó un fuertísimo viento contrario, de tal manera que los bangueros no podían dar un paso hacia adelante: visto lo cual determiné saltar á tierra y viajar en el caballo de San Francisco. No tengo paciencia para escribir más, sólo le diré que en todo el santo día no pasó por mi boca más que un ligero desayuno, y que con tan buen trato tuve que hacer el oficio de cargador. Pasé la fiesta de Nuestra Señora de la Asunción en Ya-lan, en donde bauticé una familia y confirmé á varios cristianos. ¡Bendito sea el Señor que premia nuestros pequeños trabajos con semejantes consuelos!

Desde que nos separamos de Han-kow no he vuelto á ver los Padres, mis compañeros de viaje: al presente todos con salud.

### NIE KIA SE (China)

(Continuación)

Así se terminó esta cuestión para honra de Dios y confusión de los protestantes, quedando dos de ellos puestos en prisión á las barbas del mismo presumido *yanqui*, que tan solemnemente perdió la cara por estas tierras. Por lo dicho se ve que nuestros mismos enemigos han sido la causa ocasional de que el Señor se ha servido para fundar esta nueva residencia. El 24 de Noviembre emprendí un viaje para *Fang-lo-sé*, villa distante de ésta 40 lis: me propuse con tal excursión visitar los catecúmenos de dicho punto, que según contaban ascendía el número de ellos á 300, sin que nadie les instruyera en la doctrina: me daba mucho que pensar tanta multitud de neófitos, y hasta me pasaba por las mientes si serían de lo peor de la villa, que para hacer mejor de las suyas, se acogieran al nombre de la Iglesia. Mis presentimientos desgraciadamente eran la realidad: al poco rato de llegar á dicho lugar vienen á visitarme los principales de él, y con muchas reticencias acusaban gravemente á los flamantes catecúmenos: de tal acusación saqué en limpio que el alma que informaba las injusticias cometidas por los catecúmenos de *Fang-lo-sé* era el muchacho ex-protestante que nos servía en *Nie Kia se*: en vista de lo cual si quería poner á salvo la honra de la Iglesia no me quedaba otro remedio que castigar á los catecúmenos, verdadero *concilium malignanitum*, capitaneado por un famoso pica-pleitos de aquel lugar. Por lo tanto supliqué al mandarín militar que castigase á dos de ellos conforme exigía la gravedad de sus delitos: de mil amores accedió á mi súplica castigando á uno con trescientos palos y á otro con mil, obligándole además á traer la canga (1) por tres días: con tal escarmiento desvaneciéronse, como las nubes agitadas por el viento, los que con miras rastre-

(1) La canga es un castigo que consiste en unas cuantas tablas unidas en forma cuadrada, y hecho una gujero en el centro, se adapta al cuello del delincuente, que por sí mismo ni siquiera puede valerse de sus manos para llevarse un bocado á la boca; las hay grandes y chicas, pesadas y ligeras, conforme á la gravedad del delito: en todas se pone la causa por que se merece tal castigo.



ras y propósitos diabólicos se cobijaron bajo el nombre de la Iglesia. De los trescientos sólo quedaron dos de conducta regular.

El 2 de Diciembre despedí al muchacho ex-protés-tante, que con piel de oveja era verdadero lobo que con sus rapiñas y malos ejemplos asoló el naciente rebaño de *Nié Kia sé*. Después de pasadas las Navidades en compañía del señor Obispo y del P. Benito, vuelvo á *Nié Kia sé* por mediación de aquél, por si se presenta ocasión comprar un lugar que sirva para residencia: después de ver y remirar varias casas y terrenos que ofrecían para el caso, aunque con algunas desventajas, me decidí á comprar dentro de la villa, solamente por ir contra los principales de ella que se oponían á que comprase *intra muros*, pues propalaban que de permitirme comprar donde yo pensaba perturbaría no poco al comercio y tranquilidad pública. Aunque con algunas contradicciones que, gracias al Señor, se vencieron, el 17 del pasado Enero se cerró el contrato de compra de la casa que hoy sirve de residencia dentro de la villa. El vendedor á los pocos días de cerrado el contrato cayó enfermo de gravedad: su curación milagrosa se referirá más adelante. Al tomar posesión de la casa, me dieron una música infernal que duró tres días: me refiero al acto de quemar la *tablilla* famosa de los antepasados, ceremonia que por nada del mundo omiten estos paganos, creyendo hacerles con ella un supremo bien, pues según cuentan, si el difunto por sus pecados ha sido castigado con el infierno, por obra y gracia de los bonzos, sus oraciones, sus músicas de caldero y su papel chapecas (1), suben derechos á gozar de la gloria.

El 26 de Enero salió mi muchacho para hacer la compra ordinaria, y uno de los huéspedes le preguntó si era cristiano (Ki Kiaó ti), así llaman á los cristianos: pues los paganos se empeñan en decir que la Iglesia es semejante á la secta de los ayunadores (2), que son

(1) El papel chapecas (chapeca es el nombre de la moneda china) como su nombre lo indica, es un papel de estraza agujereado en forma de chapecas: creen estos infelices que quemado dicho papel se convierte en plata, que recogida por sus difuntos les sirve para redimirse del poder del diablo y comprar la gloria. Todos los años el 15 de la luna 7.<sup>a</sup> (este año correspondió á nuestro Agosto), compran no poca cantidad de este papel, y van á quemarlo á los sepulcros de sus antepasados. Por lo curiosa quiero referir aquí una anécdota que he leído acerca de semejante superstición. En la antigüedad existieron dos sujetos que se dedicaron al comercio, pero con tan mala fortuna que llegaron á quedarse sin un ochavo en las manos; uno de ellos dijo á su compañero, saltando de gozo: «¡Bravo! se me ha ocurrido una idea felicísima, que realizada podemos en pocos días nadar en la abundancia.» Extasiado le oía el compañero, sin poder penetrar la idea feliz, hasta que el otro la expuso, diciendo: «Yo me haré el muerto, y tú me colocas en un ataúd dejándole un agujero para respirar, y después de quemar el papel *chapecas*, que yo he *inventado*, daré unos golpecitos en la tumba, y el pueblo creará que merced al papel *chapecas* he resucitado.» Dicho y hecho, representada la comedia anteriormente convenida, sale el fingido difunto del ataúd, pregonando la eficacia del papel chapecas que todo el pueblo empezó á creer á piés juntillas y á practicar religiosamente, y hoy desde el Emperador hasta el último plebeyo, todos sin distinción la observan.

(2) Esta secta tiene alguna semejanza, bien que muy remota, con algunas prácticas de la Iglesia; pues sus secuaces se abstienen de comer toda carne de cualquier animal que sea, pues creen que si en esta vida comen por ejemplo cuatro libras, en la futura les obligarán á devolver ocho; esta doctrina, como se ve, está fundada en la *metempsychosis*. Renuncian verbalmente, por lo menos, á las riquezas, al vino, y los que presumen de más perfectos, abrazan también la castidad. Pregunté á un neófito que antes estaba afiliado á la secta en cuestión acerca de su modo de

distinguidos con el nombre de Ki tchai ti, á lo que respondió que ya hacía dos años que había renunciado á los ídolos por hacerse discípulo de Jesucristo. El citado huésped, que era así como el ¡¡abad!! de la *secta ayunantes*, se desató en denuestos contra la Iglesia, el misionero y contra todos los cristianos: el muchacho le contestó que si quería enterarse de la doctrina católica viniera á la iglesia á verse con el Padre, y lleno de coraje por las palabrotas que había oído, viene á contarme el caso: le digo que vuelva á verse con tal deslenguado y procure traerle á la residencia: como los chinos en *trapacería* son maestros consumados, cumplió el muchacho á maravilla con mi deseo, y á los pocos momentos entraba el *ayunante* por las puertas de casa, una vez el pájaro en jaula avisé de lo sucedido al mandarín militar, rogándole que enviase una pareja de soldados para que lo condujesen al campamento, mientras se deliberaba el modo más oportuno de castigarle. En semejantes casos es costumbre en China invitar «hombres buenos,» que no se proponen otro fin más que terminar en paz la cuestión, y sacar todas las chapecas que buenamente puedan á la parte más débil. Tan pronto como se divulgó lo sucedido, en seguida se presentaron en casa los tales *redentores*, y si uno quiere librarse de la nota de severo y llevarse bien con todos, no hay más remedio que *pro bono pacis*, ceder algo del propio derecho sólo por la cara bonita de los «hombres buenos.» Mi intención era suplicar al mandarín le castigase con mil azotes y después de la azotaina obligarle á repique de timbal pregonar por toda la villa su pecado y ¡¡arrepentimiento!! pero con los tales intercesores fué preciso variar las condiciones, que consistieron en obligarle á invitar huéspedes para tres mesas (24 comensales) y después del convite, que equivale á la *robla* en nuestra tierra, y que es condición *sine qua non* para terminar todos los negocios, venir los invitados en comisión á interceder por el delincuente, y para coronamiento del acto adornar la fachada de la residencia con tela encarnada y quemar reventadores. Al presentar hombres buenos el deslenguado le eché un exabrupto que de seguro le hizo más mella que los azotes que debían darle. «La Iglesia, le dije, viene á China por orden imperial: el ¡hijo del cielo! no sólo no impide su propagación, sino que la protege y fomenta con todo su formidable poder: la Iglesia no hace como vuestra secta las funciones á puerta cerrada y á altas horas de la noche; es hija de la luz y no teme como vosotros que la gente nos vea, etc., etc.»

Así se terminó esta cuestión, que metió no poco ruido: los que pertenecían á la secta *ayunantes* empeza-

orar, y me respondió que después de comer en comunidad lo que les permite la regla, cada individuo enciende un par de velas, y sentado en su banquillo, puesto un muslo sobre el otro y abrazados los dos con las manos cruzadas, se pasa toda la noche en oración conservando esta ridícula postura; cuentan de algunos *feroces* que se suben á las montañas y se pasan varios días sin comer y en la consabida postura, fijo siempre su corazón en el ídolo. En algunas localidades la Autoridad persigue á esta secta á muerte, considerándola como corruptora de las buenas costumbres: en sus *juntas*, sin distinción de sexos, el abad pone en contacto, por medio de una caña, su ombligo con el de todos sus súbditos, *risum teneatis!* En sus rezos usan un rosario muy parecido al nuestro; tengo un ejemplar en mi poder.



ron á decir que ningún provecho traía ser ayunador, y que sin duda era más ventajoso hacerse cristiano, pues si el Padre, decían, ha hecho tal escarmiento con nuestro mandón, ¿qué hará con nosotros si tenemos la fatalidad de ofenderle?

Antes del referido caso verifiqué un viaje al interior del distrito, á últimos del pasado Enero. Unos catecúmenos de esta villa, aprovechándose de mi ausencia, fueron á examinar unas montañas en que, según cuenta el vulgo, abunda mucho la plata, vendiéndose para tal comisión enviados del misionero. Los catecúmenos que no estaban en el ajo y todos los paganos hablaron muy mal de semejante hecho, confirmándose en las habladurías que años antes causaron muchísimo daño, á saber, de que la Iglesia venía á China para robar sus tesoros y preciosidades, y enviarlos al extranjero. Para poner valla á estos díceres, y visitar los catecúmenos del interior, me resolví á hacer el viaje que á continuación se refiere. Antes de verificarlo, manifesté mi intención al mandarán militar, que en seguida se ofreció á acompañarme con todo su destacamento, por miedo á que los bárbaros montañeses atentasen contra mí, á pesar de lo intempestivo del tiempo (téngase presente que era á principios de la luna primera, en que los chinos acomodados ni aún por negocios urgentes salen fuera de casa, sobre todo si de antemano han elegido ya el día que les ha de ser feliz para volver á empezar sus negocios). Le di las gracias por tanta finura y atención; pero el día que emprendí el viaje me levanté muy de madrugada, y sin darle cuenta me interné por las montañas, acompañado sólo de dos muchachos, pues no me gustaba que con tanto ruido y ostentación me hiciera la corte.

Es el camino montañoso y de difícil andar; sobre todo al subir dos montañas de las cuales á una le llaman los chinos «montaña difícil», parece que uno se va á elevar á las regiones etéreas, tal es la altura que tiene la aludida montaña. Próximamente á mitad del camino paré en una fonda á tomar un tentepié, y varios curiosos fijándose en mis barbas, en que la naturaleza se ha mostrado hasta pródiga, me hicieron las siguientes preguntas, que para solaz de V., querido P. Miguélez, traduzco á la letra:

- ¿De dónde eres, respetable huésped?
- De Nié Kia sé.
- ¿Qué comercio haces?
- Ninguno: vivo en mi casa cuidando de mis familias.
- ¿Y tu mujer (1)? ¿vive todavía?
- Mi suerte así lo ha querido, no existe ya...
- ¿Cuántos hijos tienes?
- Sólo tengo dos (me refería á los dos únicos que entonces había bautizado).

Y así por el estilo me fueron moliendo á preguntas, según es de rúbrica china en tales casos. Se quedaron satisfechos con mis «magistrales» respuestas. Me convenía pasar de incógnito por miedo á algún atropello por parte de aquellos bárbaros, y gracias á Dios lo con-

(1) Es imposible hacer comprender al chino que podamos pasar sin contraer matrimonio; y aún los mismos neófitos al principio se resisten á creer que haya hombre que pase toda la vida castamente.

seguí. A la puesta del sol llegué en paz y gracia de Dios al término de mi viaje; y aquí fué Troya: si no me descubro, ¿cómo llenar mis deseos? y si me manifesto, ¿cómo sufrir las impertinentes y múltiples preguntas que á porfía me dirigirá el pelotón de gente que por necesidad me había de cercar como círculo de hierro? y ¿quién me aseguraba que nadie atentaría contra mí? Saltando por cima de estos respetos humanos, sin ambages de ninguna clase manifesté claramente quién era, y tan pronto como se corrió la voz era de ver el hormiguero de gente que por todas partes afluía para ver por primera vez al *novum super terram*, viéndome materialmente cercado por tantos curiosos y casi sin poderme mover. Les dirigí cuatro palabras explicándoles lo que era la Iglesia, y el fin que se proponían sus ministros en visitar tan remotas tierras. Admirados y mirándose unos á otros, decían entre sí:

—¡Cuán diferente es la Iglesia de lo que nosotros creíamos! neciamente estábamos convencidos de que era un inconveniente á la paz de la familia y sociedad, y según el Padre dice es el único medio de vivir todos en armonía.

Por espacio de cinco ó seis días permanecí en aquellos montes, celebrando cuotidianamente el santo Sacrificio delante de cuantos paganos querían ver, y ni una palabra mal sonante oí de sus labios; al contrario, todo era alabanza de la doctrina que durante la Misa oían exponer.

(Se concluirá).

## A qué se debe la fundación del Colegio de «Propaganda Fide» en España

### I

EL Colegio que para la propagación de la fe se ha fundado en Burgos, débese primariamente al impulso y aspiración natural de todo cristiano que diariamente dice: «Santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino;» pidiendo con la Iglesia que el santo Nombre de Dios sea conocido y honrado por todos, y en todo el mundo; y que el mismo Dios venga á reinar por su fe y por su verdad en nuestra mente, y por su gracia salvadora en el alma de todos los hombres. Sucede que saliendo de nuestra España, luego nos encontramos con naciones que han perdido la fe de Cristo: Suiza, Holanda, Alemania, Suecia, Noruega, Inglaterra y Rusia. Y andando más, ahora que se hace con tanta velocidad, luego damos con reinos y regiones que no conocen la fe de Cristo, la India, la China, el Africa y la Oceanía. Hay muchísimos en los primeros reinos que nunca oyeron hablar de la «verdadera fe de Cristo», y hay muchos millones en los segundos que nunca oyeron ni el nombre de su Salvador Jesús. Ante espectáculo tan triste se excita y enardece el celo del cristiano, que con mayor vehemencia repite: «Venga á nos tu reino;» ven, Señor, é ilumina á los que viven en incompleta luz, ven y salva á los que se hallan entre es-



pesas tinieblas, derramando inteligencia en toda mente, tranquilidad y dicha en el corazón de todo hombre. Ved aquí la idea que mueve á crear el Colegio de *Propaganda Fide*.

Pero hay además unas palabras soberanas que contienen un verdadero mandato. Dijo Jesús á sus Apóstoles: «Id, y enseñad á todas las gentes (*Marc. xvi, 15*);» y lo hicieron desde luego y admirablemente por sí y por medio de sus discípulos. El mismo mandato y orden intima hoy á los sucesores de los Apóstoles, los Obispos: «Id, y enseñad á todas las gentes;» id por todo el mundo, engrandecido ahora extraordinariamente gracias á providenciales descubrimientos; id y enseñad á toda gente y á todo pueblo, hoy muy numerosos merced á las exploraciones geográficas ya realizadas, y mañana probablemente numerosísimos por las nuevas exploraciones que se preparan, y porque se abren fronteras hasta hoy siempre cerradas. Id, pues, y enseñad á todos.

Este precepto le cumplen celosamente desde el Obispo de los Obispos, que tiene en Roma grandioso plantel de Misiones en su Colegio de *Propaganda Fide*, hasta el último y más pobre Obispo, que exhorta á sus fieles para que oren y atiendan con sus donativos y limosnas á las necesidades de los que predicán la verdadera fe entre heterodoxos, y la buena nueva de Jesús entre infieles. Y hácenlo gustosísimos, penetrados como están del celo y verdad que se contiene en las graves palabras de Mr. Roy: «¡Dios mío, cuántos pueblos viven todavía fuera de la verdad!» En Europa esto se olvida, y además se dice en los libros, que desde Constantino el Grande el universo es cristiano. ¡Ay! y ¿qué decir de tantos y tantos millones de hombres que en diecinueve siglos va segando la muerte, sin que supieran balbucear la primera letra del Evangelio? Ciertamente que no son europeos, pero son hombres, son almas; y pues que Nuestro Señor Jesucristo las contó en la cruz, deben contarse también en los libros. No, no; el universo no es cristiano: ¿qué son doscientos millones de convertidos, si quedan ochocientos millones sin convertir? Pero en el Evangelio existe un mandato que ordena anunciar á toda criatura que Dios le ha enviado un Salvador, y que tiene abierto el cielo. Es un precepto, no es un consejo: la propagación de la fe, por tanto, no es en la Iglesia una obra de supererogación. Ved, pues, manifestadas la idea, el mandato y el hecho, que impulsaron y llevaron primariamente á la creación del Colegio de *Propaganda Fide*, en Burgos.

Tales son las causas principales, pues secundariamente no han podido menos de influir otras: quien tiene caridad para con los extraños, ¿cómo no tenerla mayor para con los propios? quien se sacrifica por los ale-



FILIPINAS (Manila).—Familia indígena

jados, ¿cómo no interesarse por su familia? No ha podido, pues, olvidarse, ni se ha olvidado lo honroso que sería para España verla concurrir dignamente con su contingente personal y material, á la batida que mediante las Misiones extranjeras se da hoy al error por todas las naciones, y cuán satisfactorio sería para la nuestra y para toda la Iglesia, que pudiese España exhibir ahora celosísimos misioneros, como muchos que dió á América, y entre ellos alguno que emulara al nobilísimo navarro San Francisco Javier. Ni tampoco ha podido olvidarse que el misionero lleva á lejanas é incultas comarcas la lengua de su patria, y que con la doctrina de Cristo transmite el amor de su nación; ni que en los vaivenes de los hombres y de los pueblos, ya vengan por victorias ó derrotas, por empresas comerciales ó de otro género, será siempre utilísimo no sólo á los españoles, sino á la nación misma, hallar donde menos piense, con alma nobilísima que la entienda, que la ame y la aconseje.

## II

Otra de las cosas que han impulsado á ensayar el Colegio de *Propaganda Fide*, es el ejemplo de las na-



ciones católicas, especialmente el de aquellas que son de nuestra raza, de clima, lenguaje y carácter parecidos al nuestros, y en las cuales no sólo existen colegios para Misiones extranjeras, sino que se desarrollan y prosperan de tal modo, que con razón se glorian de su fecundidad y pujanza. Pasemos á comprobarlo: nuestra vecina Francia tiene 2 Colegios que preparan para el apostolado 381 jóvenes; Roma tiene 2 que educan á 157 para lo mismo; Italia tiene 3 Colegios con 63 alumnos; Bélgica 1 con 88 colegiales; Holanda 2 con 294; Austria 3 con 214; Inglaterra 2 con 69, y por fin Irlanda tiene también su Colegio para propagar la fe (1). Estos hechos animan, mueven y como que arrastran á creer que no es imprudencia esperar que España también tendrá pronto un Colegio regular. Sin duda puede decirse que esas naciones no están ni social ni religiosamente en mejor situación que la nuestra, y sin embargo su clero secular da la cifra de vocaciones que dejamos consignada. Claro parece que en mucho tiempo no ha de tener España el número de vocaciones al apostolado extranjero que proporciona Francia, ni tampoco el que suministra Bélgica, naciones que considero similares á la nuestra; pero ¿no podría y debería aspirar á un Colegio siquiera como los varios de Italia? Y al menos nuestra querida España, ¿sería impotente para hacer lo que la pobre y aniquilada Irlanda, que después de formar el clero necesario para sus parroquias, aun forma algunos misioneros que llevan la buena Nueva á los heterodoxos y á los infieles? Concluyo, pues, que las razones aducidas son graves y muy atendibles, y que no es temeridad ni mucho menos, ensayar en la católica España un Colegio de *Propaganda Fide*.

## LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

VI.—CARACTERES RELIGIOSOS DE LOS NEGRILLOS

La Francmasonería de los negros.—Confidencias de un iniciado.—Reconciliación.—El «Principio del mundo» y el «Señor del cielo».—El sacrificio.—La antropofagia.—Resumen general de la teología de los Bantu.

AL estudiar la religión profesada por los negros bantus, no debe olvidarse una institución á la vez religiosa, política y social (cosas todas íntimamente relacionadas): aludo á las iniciaciones secretas ó si así quiere llamárselas, á la Francmasonería de los negros. Diferenciándose sólo en el nombre, estas Sociedades se encuentran en toda el Africa Occidental, y hay regiones donde es menester contar con su misterioso poderío: hállanse también entre las tribus de la costa opuesta. Las hay de hombres y de mujeres, y para ingresar en ellas es condición esencial haber llegado á la pubertad.

Su fin general no es otro que conservar en la tribu el temor á los castigos y á la muerte, las costumbres

(1) Datos del libro *Missiones Catholicæ* que publicó en Roma (1895) la S. C. de *Propaganda Fide*.

relativas al culto de los manes y de los espíritus malos, los sacrificios, las preocupaciones, en una palabra, cuanto constituye el *paganismo*; proporcionar á los iniciados valiosas ventajas materiales y sociales, por ejemplo, darles cierta dignidad vedada á los profanos, tales ó cuales mujeres, niños, comidas, productos, etc., obligando á los no iniciados á satisfacer en determinadas épocas tributos en especie, pretextando que el *espíritu quiere comer*, pudiendo así fácilmente y sin gasto alguno celebrar en sociedad solemnes francachelas: en resumen, su verdadero fin es conservar á los *hermanos* en lugar que les permita ser ciegamente obedecidos.

Como es fácil comprender, no todos los iniciados tienen el mismo grado. Los jóvenes limitanse á formar parte de la Sociedad y seguir la corriente. A la cabeza de todos figuran los que dirigen la Sociedad, quienes á su vez reciben órdenes de dos ó tres grandes fetiquistas, desconocidos de la casi totalidad, hijos generalmente de otros países, y á los cuales atribuyen extraordinario poder y familiar relación con los espíritus. Cada categoría recibe distinto nombre.

El más absoluto secreto es condición esencial.

Regresaba de la tierra de los eshira. Herido en un pie no podía seguir la marcha de la caravana: un joven de Fernán Vaz, hijo de importante jefe, bautizado en la Misión, pero que habiendo regresado muy joven á su país, paulatinamente se entregó á las costumbres paganas, no quiso abandonarme en el solitario camino. Hablamos mucho, siempre solos, bajo las copas gigantes de árboles seculares, avanzando lentamente por el estrecho sendero que cruza á través del bosque silencioso. Aproveché aquellos oportunos instantes para despertar en el alma del joven los sentimientos que antes alentara, y depositando en mí su confianza abríome por completo su ingenuo corazón.

—Lo que voy á decirte debes prometerme que nunca lo comunicarás á nadie, pues si sospecharan que te lo he dicho me matarían.

—Habla, le contesté.

—Bueno: debes saber que soy *Omwiri*... El P. Bu-león cuando se enteró díjome que un cristiano no podía serlo, y prohibióme entrara en el templo hasta que tú me hayas perdonado.

—Hizo muy bien.

—¡Ya lo sé! Pero al ingresar en la secta hícelo como muchos otros sólo por curiosidad, para satisfacer el deseo de saber cuanto allí sucedía. Además, afirmaban que si no ingresaba en ella jamás sería afortunado, ni tendría relaciones, felicidad... nada... Y, en fin, deseaba poder decir á los demás: *Soy Omwiri*, y poder sentarme entre los sectarios.

—Comprendo cuanto dices. Explicame cómo te recibieron, qué te exigieron y qué te han hecho.

—Sí, todo lo contaré, pero son secretos... grandes secretos...

La primera condición es ser hombre y pagar: los niños no pueden ser admitidos.

La ceremonia hácese de noche en presencia de hombres solos y en la casa del *Omwiri*, que generalmente se levanta al extremo de la población. Acompañado de dos amigos preséntase el postulante sin abrigar sospe-



cha alguna; pero al pasar la puerta de la misteriosa casa caen sobre él los asistentes todos, le insultan y vapulean bárbaramente. Luego tiéndenlo sobre el duro suelo y lo cubren con hojas de banana: parece un hombre muerto.

Hecho esto van en busca del *Omwiri*. El que debe guiarlo lo llama con acompasados gritos de extraño sonido: *Hi! ha! a-a-a! Hi! ha! a-a-a!* Después de espera más ó menos larga, y durante la cual tiemblan en los rincones de sus miserables viviendas las mujeres y los niños, pues cuantos vieren al *Omwiri* perecerán, contesta el *Omwiri*, sale al encuentro del que debe acompañarle y deja guiarse á la casa donde le esperan...

—Dime. ¿Qué es un *Omwiri*?

El joven masón en voz muy baja me dijo:

—Es un hombre como los demás hombres... Y este precisamente es el secreto que nadie debe saber; pues si lo sabían desaparecería el temor que hoy causa, y ya no seríamos superiores á los demás: es un hombre, pero de tal manera vestido y desfigurado con pieles, hierbas y hojas, que es imposible adivinar su figura, su cuerpo, sus manos, sus piés... Diríase que es un envoltorio que avanza (*véase el grabado de la pág. 97*).

Entra en la casa, é interrumpiendo el silencio sepulcral por todos religiosamente guardado, pregunta con extraña voz que parece salir de su estómago:

—¿Qué sucede?

—¡Ah! contesta el maestro hechicero, un profano se encuentra entre nosotros.

—Matadlo, dice con aterradora naturalidad el *Omwiri*.

A tan bárbara orden sigue prolongado silencio: alguno se atreve á pedir gracia:

—Es mi pariente, es mi amigo: ignoraba lo que se hacía..."

Otros muchos suplican lo mismo, y el *Omwiri* le perdona la vida con la condición de que sea purificado.

Acto seguido le acompañan cerca del agua, le extienden otra vez sobre la tierra y afeitan sus cabellos. El exorcista hácele una incisión en el brazo izquierdo, sirviéndose para ello de un diminuto cuchillo: luego hácenle otras tres en el puño y le ingieren el jugo de determinadas plantas, á las que atribuyen misterioso poder. Apoyando su mano derecha sobre estas marcas jurará siempre el iniciado diciendo: "*Omwiri, Mangongo, Kivi, etc.*," según la tribu á que pertenezca. (Estos nombres son los que recibe el demonio, á quien nombran en testimonio de verdad... ó de lo que debería serlo).

Las marcas del brazo izquierdo tienen en Fernán Vaz y en otros países, la forma de un doble triángulo, pero con la base del segundo abierta: en la muñeca graban tres líneas paralelas. Curadas las cicatrices aparecen de alto relieve, y pueden verse en la mayor parte de los negros adultos de este país.

Cubren de lodo el cuerpo del postulante, y completan su *toilette* con múltiples dibujos y misteriosos signos, pintados en rojo ó blanco al rededor de los ojos, en la frente, piernas, pecho... Terminada esta operación lo acompañan á la casa donde le recibe el *Omwiri*.

Pero las pruebas no han terminado. Le entregan un fusil ó un arco con flecha envenenada, y dicenle:

—Mira hacia aquel ángulo de esta habitación. El hombre que ves es un falso hermano á quien matarás, pues descubrió nuestros secretos... Como él morirás tú también si un día te atreves á descubrir una palabra sola de cuanto entre nosotros viste ú oíste. Y ahora pruébanos que eres un hombre: ¡Fuego!"

Parte la bala, una exclamación general la acompaña, y acto seguido entierran al culpable que, añadiremos para tranquilizar las almas tímidas, es un maniquí.

—¿Crees, pregunté al arrepentido masón, que matan á cuantos revelan los secretos del *Omwiri*?

—Sí, es indudable, me contestó, y no sólo á éstos, sino á cuantos odian ó envidian. Por esta causa ves tantos que mueren sin que nadie acierte en la causa de su muerte... Unas veces los matan en plena reunión; otras les envenenan sin que jamás pueda saberse de donde provino el veneno; otras siguen sus pasos cuando salen á recorrer los grandes bosques, y escogen el lugar más solitario para darles muerte. Otras, en fin, el espíritu se encarga de acabar con ellos...

En el preciso instante de pronunciar estas palabras, sobre nuestras cabezas oímos un singular ruido: instantivamente mi joven amigo se detiene temblando, cual si el *Omwiri*, escondido quizás entre los gigantescos arbustos ó en las inmensas copas de los árboles, hubiera escuchado nuestra conversación y se aprestara á lanzarnos los terribles rayos de su cólera.

Silencio...

Momentos después una enorme y carcomida rama caía á nuestro piés... Acabóse la interesante conversación: proseguimos la interrumpida marcha hablando de asuntos indiferentes...

No añadiré una sola palabra: en tierra de negros como en tierra de blancos, la dirección de las cosas, como dice lord Beasconfield, está en manos de muy reducido número, y aquellos que quieren gobernar raras veces son los que gobiernan...

—*Omwiri* es, pues, la Sociedad secreta fundada para el fiel cumplimiento de las leyes. Pero ¿qué significa su nombre y qué poder la inspira?

Preguntas son éstas que nos obligan á internarnos en nuevos dominios: del culto pasamos al dogma, y no será menos interesante cuanto en él descubramos.

Existe, dicen, un poder misterioso que preside las cosas de la tierra. *Omwiri* ó *Anyambyé*, — como veremos á su debido lugar — es el gobernador del cielo... *Anyambyé n' Omwiri!* exclaman los negros del Gabón en las grandes circunstancias de su existencia. El Señor del cielo y el príncipe de la tierra son los dos poderes superiores, que todo lo presiden y en honor de uno de ellos, del *Omwiri*, parece se fundó, con sus ritos, sus prácticas y su culto la Sociedad secreta llamada del *Omwiri* ó *Mwiri*, y cuyo fin es velar por la conservación del poder.

Al leer la exposición general que antecede, alguien quizás pregunte quién desempeña el papel de dios, del llamado *Anyambyé*, en esta religión.

En realidad preocupan muy poco de su dios. Déjanlo donde está, lejos, en lo inaccesible donde lo colo-





ANTES DE BEBER EL VINO DE LA PALMA: La libación

ca su propia naturaleza trascendental, y desde donde domina este mundo, y el mundo de los vivos y de los muertos con tan omnipotente como inexplicable poder.

Todos los idiomas tienen una palabra con que llamarlo. Y si efecto de la gran antigüedad del nombre y de las variaciones de la lengua es difícil en la actualidad precisar su significación, siempre, no obstante, podremos fijándonos en otros nombres con que le designan, todos pertenecientes al lenguaje actual, saber á que atenernos. En la Costa Oriental llaman á Dios *Mu-lungu* y en la Occidental *Nzambi*: ambos nombres con las variaciones debidas al tiempo y á la fantasía popular, los encontramos en el interior. ¿Qué significa *Mu-lungu* y qué *Nzambi*? Esto es lo que deseamos saber; los mpongwels del Gabón, por ejemplo, evidencian la idea que tienen de la Divinidad al llamarlo (pues resistense á pronunciar su nombre) *Reri yajyo*, Padre nuestro; *Mu-anga*, el del cielo, el resplandeciente; *Oma w' Igunu*, el de lo alto. Los gandas lo llaman *Katonda*, el Creador; y los zulús *Unkulunkulu*, el grande-grande ó el anciano en días (1).

(1) En Mpongwe (Gabón) *Ungulungula* significa: el que es la fuerza mismo; el Todopoderoso (de *sigulu*, fuerza).—La mayor de las blasfemias de los indígenas es: *Ungulungula jefe Anyambye*, el Todopoderoso no es Dios ó no es dios el que es Todopoderoso.

Dios es, pues, para los negros: un ser único imposible de comprender.

Las almas de los muertos, las sombras, los espíritus, las fuerzas secretas de la naturaleza todo puede ser conjurado, utilizado, dirigido, aprisionado si queréis: basta, para ello, conocer la manera, dar con el hombre, el especialista, el hechicero que se necesita. Pero por Dios y contra Dios todo es inútil: Dios es inaccesible...

A lo más al creerlo autor de alguna grande calamidad se atreverán en el paroxismo de su furor á blasfemar contra él, si no les parece mejor ofrecer tal ó cual interminable y complicado sacrificio, cuyo éxito, al contrario de lo que sucede con los ofrecidos á un espíritu vulgar ó al alma de su antepasado, nadie puede garantizar: es posible que le satisfaga, pero siempre hará lo que mejor le parezca. Este es el Dios que da la vida y la muerte, bienes ó pobreza, y contra el cual nada somos ni podemos nada.

Por esto vemos que el negro se preocupa siempre y ante todo de las influencias inmediatas, que procura le sean favorables, y se esfuerza en evitar los daños que pueden causarle: influencias debidas á las fuerzas secretas de la naturaleza, á las misteriosas sombras de los que ya no son de este mundo, ó á los espíritus que pueden en grado mayor ó menor ser aprisionados y convertidos en guardianes de determinados montes, bosques ó cavernas.

Dios se encuentra detrás, encima, por todas partes, donde quiere estar.

Y este es, ó yo me equivoco, el resumen—pero conviene no olvidar que es sólo el resumen—de la religión de los negros bantu.

Repetidas veces en el decurso de este estudio hemos tratado de los sacrificios. El sacrificio, en efecto, encuéntrase en todo pueblo y en toda región, y quizás por no haberlo presenciado la generalidad de los que de estos pueblos escribieron, no le han concedido la menor importancia, lo cual es buena prueba del conocimiento superficial que de la vida africana tienen, ó al menos del completo desconocimiento de sus primeras nociones religiosas.

El sacrificio es y ha sido siempre la esencia del culto. En Africa lo encontramos en todas las tribus y bajo mil diversas formas: el bebedor del vino de la palma vierte las primeras gotas antes de gustarlo; el cazador ofrece ínfima parte de la bestia muerta; el pescador regala á las olas algo del pez que entre ellas encontró; el labrador deja en el campo que acaba de segar una espiga de maíz ó de avena, que unas veces coloca encima de un pequeño altar, y otras en una parte del campo previamente elegida; el marinero mata una gallina y con la sangre de la bestia sacrificada mancha la proa de su embarcación; el enfermo presenta ofrendas á la sombra de sus antepasados; el guerrero no marcha al combate sin haber ofrecido el sacrificio; el exorcista exige siempre y ante todo que maten una gallina (*vease el grabado, pág. 113*), cabra, oveja ó buey, para salvar á un preso, para la curación de un enfermo, para el buen éxito de una empresa cualquiera.

Tribus y casos hay para los cuales la sangre de la



bestia no es suficiente; se necesita sangre humana. Matan al hombre, lo comen para dar satisfacción á la víctima, y tenemos ya la antropofagia. Quizás cause admiración ver á una tan general costumbre atribuirle origen religioso. No me refiero á casos posibles en Oceanía, desconocidos en el Africa, en los cuales el hombre come á sus semejantes para satisfacer sus necesidades. El hombre puede ser comido por necesidad ó por gusto, como según dicen sucede en el Alto-Ubanghi; pero en un principio no sucedía así, y causárame grande admiración que aún actualmente un hombre fuese comido por sus semejantes sin ceremonia ó pre-

á los primeros para que les sean propicios, á los segundos para contrarrestar su perniciosa influencia.

He tenido ocasión de tratar muy de cerca á algunos antropófagos, y todos en tiempo normal eran excelentes sujetos, de generosos sentimientos y tierno corazón... Pero cuanto ellos hacen hicieron sus abuelos: así lo ordenan sus leyes, su religión, esto les dicta su errónea conciencia, y creen obrar bien guardando las tradicionales costumbres.

Tal es el sacrificio. Universalmente practicado en toda el Africa, nadie mejor que los negros cumplen las palabras que San Pablo aplica á la Víctima divina que



INDOSTÁN (Chote-Nagpore, pueblo Kola).—Raza que según la tradición fué la primera pobladora del respo de Magadha, de donde los arrojaron poderosos adversarios.

texto alguno. En el Africa no comen ni una oveja sin que justifique su muerte una fiesta ó un sacrificio.

Dícese también que la causa de que un hombre coma á otro hombre es el odio. Es verdad, pero este sentimiento no excluye el sacrificio: el enemigo es en primer lugar comido para dar cumplida satisfacción á la sombra del pariente, del amigo ó aliado, cuya muerte vengan, y el cual sin esta indispensable expiación no dejaría en paz á los supervivientes de la familia.

Además para conmemorar la elección de nuevo jefe, para el entierro ó fin del luto de un jefe muerto, para un aniversario, para que cese algún terrible azote, ó para el éxito de extraordinaria empresa, matan y luego comen un hombre. Pero siempre y en todas las ocasiones, el motivo principal es ofrecer un valioso sacrificio á los manes de los antepasados ó á los espíritus malos,

regeneró el mundo con su sangre: *Sine sanguinis effusione non fit remissio*.

Resumiendo. Fijándonos en las ideas religiosas que inspiran las prácticas del culto, y ensayando una ordenada clasificación—lo cual nunca han hecho los indígenas,—veremos que los principales caracteres de la teología de los pueblos bantu son los siguientes:

1.º Un Dios superior: personal, distinto, creador ó á lo menos organizador del mundo, soberano señor de los elementos y de la vida humana, remunerador del bien y vengador del mal: lo confunden en mayor ó menor grado con el sol, la luz y el cielo, y lo colocan en lugar muy lejano vagamente conocido, donde vive sin cuidarse de los mortales mas que para ordenar su muerte: es en absoluto incomprensible é inaccesible á



todos los mortales, y esta es la causa por la cual no le rinden culto regular.

2.º Una divinidad terrenal, el *príncipe del mundo*, el cual dirige las sociedades; vela por la conservación de las leyes; hiere de muerte ó castiga con enfermedades ó pérdida de fortuna á cuantos no las cumplen fielmente; distribuye el bien y el mal; puede ser aplacado por el culto, oraciones y sacrificios, y dirige asociaciones fundadas en honor suyo, para la conservación de las antiguas costumbres.

3.º Divinidades inferiores; unas malas, despóticas, tiranas; otras buenas, protectoras de las tribus, familias, casas é individuos; todas en mayor ó menor grado volubles y caprichosas: acostumbran otorgar lo que mediante sacrificios ó plegarias les piden los mortales: mediante determinada práctica puede limitarse su esfera de acción, y luego por otra contraria devolverle la perdida libertad.

4.º Forman parte de estas divinidades almas separadas de los cuerpos, *larcas*, *sombras*, *manes* de seres que fueron, cuantos alcanzaron celebridad, de los aparecidos después de muertos, de los recientemente fallecidos y cuya memoria piadosamente conservan: á estos *manes* es á quienes más especialmente honra el culto público, familiar y privado, á quienes conmemoran las fiestas todas: ellos pueblan el aire y son los únicos moradores de determinados árboles, bosques, territorios y oratorios particulares: ellos son los consultores en los importantes negocios, é intervienen en los más solemnes acontecimientos de la familia: nacimiento, matrimonio, comercio, procesos, guerra, viajes, etc.

5.º Por último, existen en determinadas cosas virtudes secretas que la naturaleza reunió á tal ó cual práctica, objeto, planta, etc.

Esto, creo, es el resumen de la teología de los bantú, en lo esencial muy semejante á la de griegos, romanos y de los pueblos todos. Pero, y no me cansaré de repetirlo, no existe país ó región donde estas creencias formen un cuerpo dogmático, ordenado, como para comodidad del lector europeo acabo de ordenarlo en los antecedentes párrafos, enseñado y conocido y adaptado por un conjunto de tribus ó individuos. Cada cual toma lo que bien le parece, y desprecia lo demás. Y todos pretextando neutralidad, dejan al vecino practicar lo que quiera y ejercer el culto que se le antoje: resultado que ningún país del mundo otorga más fácilmente y con mayor indiferencia la más absoluta *libertad de pensar*. Lo peor del caso es que cuando el humano espíritu busca emanciparse lejos de la verdad religiosa, cae en la horrible tiranía de la irreligión.

(Se continuará).

### China al borde del abismo

GRAVÍSIMA es la noticia que leemos en la prensa del extremo Oriente. El emperador de China, en decreto del 10 de Noviembre último, tratando de las relaciones que las Autoridades chinas deben mante-

ner con los representantes de los Gobiernos extranjeros, manda entre otras cosas lo siguiente á los virreyes, gobernadores y mandarines tártaros.

«Hoy yo os envío á todos vosotros, les dice el Emperador, este mandato especial. En adelante, si se presenta un negocio en el que no se puede ceder sin menoscabo de nuestro nombre, y fuese necesario recurrir á las armas para terminar la disensión, una vez declarada la guerra, nadie se atreva ya á pensar en negociar la paz.

«Al contrario, todos vosotros, virreyes y gobernadores de provincias, todos debéis con unanimidad de sentimientos reunir vuestras fuerzas sin distinción de provincias, y poniéndoos á la cabeza de vuestros oficiales y soldados, arrojaros sobre el enemigo, sin perder de vista que vuestra obligación única es alcanzar de él una completa victoria. La letra *Huo* (*el convenio*) no sólo debe ser desconocida en vuestros labios, pero ni aún debe hallar lugar en vuestros corazones.

«El único medio, añade el incauto é iluso Emperador, de concluir nuestros asuntos con nuestros enemigos, sea de hoy en adelante la imposición victoriosa de nuestras armas.»

Por difícil que se nos haga creer en la autenticidad, ó al menos exactitud de este documento, es preciso confesar que el carácter y la política del chino se prestan á estas y aún más increíbles baladronadas. Desde algunos años á esta parte, los tribunales supremos de Pekín expiden en todo lo referente á relaciones extranjeras, dos clases de decretos ó instrucciones á los tribunales y Autoridades subalternas de provincias: instrucciones públicas é instrucciones secretas. Las primeras en general están redactadas en términos favorables y halagüeños para los extranjeros, y recomiendan siempre, lo mismo á las Autoridades que al pueblo, la paz y la armonía en todos los negocios. Las instrucciones secretas son la explicación práctica del alcance que se debe conceder á las órdenes públicas: son siempre injuriosas para el extranjero, tienden á avivar el fuego del antiextranjerismo en todo orden de cosas, en las Autoridades, literatos y pueblo. Por estas instrucciones secretas se rigen todos los tribunales del imperio, y si alguna vez ceden á las exigencias, sean justas ó injustas, del extranjero, lo hacen á más no poder, y procurando siempre sacar el mejor partido posible, mediante cláusulas insidiosamente redactadas, política sutil en la que los chinos son admirables y consumados maestros.

Celebradísimo fué el decreto que, á consecuencia de los tristes sucesos de Su-Chuen, promulgó el Emperador en la luna segunda del presente año sínico, mandando al pueblo que viviese en paz y concordia con los cristianos, y enalteciendo á los ministros del Catolicismo, desde los Obispos hasta el último sacerdote, prodigándoles honores y cortesías de Autoridades del imperio. Mas son muy pocos los que estén enterados de las órdenes secretas que, al mismo tiempo que el famoso y aplaudido decreto público, se dirigieron á las Autoridades todas, ya pidiendo listas, á ser posible nominales, de los católicos, ya exigiendo el número, señas y cotejo de pasaportes, tanto de los misioneros como de cualquiera otro extranjero residente en el interior de las



provincias. Pero ninguna de esas ordenes fué tan maligna y de tendencias tan antiextranjeras como la exposición de un ministro al Emperador contra todos los extranjeros, residentes y no residentes en China, achacándoles mil hechos y costumbres, algunas reales y fundadas, pero la mayoría falsas, groseramente injuriosas y descomunemente absurdas é increíbles. Esta incendiaria exposición, verdadera filigrana en el arte retórico chino al decir de entendidos misioneros, se despachó por todos los tribunales, y sólo una casualidad hizo que viniera á caer en manos de un misionero católico indígenuo.

Lástima y risa á la vez me causó, no ha muchos días, la lectura de una *interview* entre un reporter del *Petit Bleu* y el ministro chino de París, y publicada por aquel periódico. Entreverados entre algunas verdades, ¡qué de infundios se decían allí sobre el partido progresista ó reformista de China! Presentábase allí al pueblo como el único refractario y enemigo de los adelantos y de las cosas europeas. Verdad es que el pueblo chino es amante, en grado fanático, de todo lo suyo, pero es pueblo sumiso y obediente, con una obediencia ciega, á sus Autoridades, é iría sin réplica á donde éstas le llevarán. En el movimiento antiextranjero, que de día en día va aumentando y tomando caracteres alarmantes de guerra civil, en ese movimiento el pueblo no ejerce más papel que el de un ciego instrumento dirigido y atizado por las órdenes secretas emanadas de los tribunales superiores de Pe-kin, y secundadas con ardor por los tribunales y Autoridades de provincias, por los mandarines todos y por los literatos esparcidos por todas las poblaciones del imperio. El mal viene de las altas esferas. Díganlo sino los disturbios de la gente cortesana, los asesinatos de mandarines reformistas, y la prisión del mismo emperador Kuang-si por la Emperatriz viuda, ocurridos sólo en Pekín en el mes de Octubre de 1898. Y todo porque el joven Emperador, á instancias de Li-Hun-Xang, trató de suprimir uno de los tribunales superiores de la corte, é introducir algunas de las ciencias europeas en los exámenes de los literatos.

Si el decreto imperial, que encabeza y ha ocasionado estas líneas, es verídico, no dejará de dar, y pronto, amarguísimos frutos, todo lo contrario á los que el desgraciado y medio esclavo emperador Kuang-si podía esperar de él.

Si á tan desastrosa y contraproducente política interior sumamos la ambición cada día más creciente, las imposiciones exageradas é injustas, y la mano secreta con que las naciones extranjeras alientan y azuzan revueltas y motines, tendremos formado un cuadro fiel, si bien pálido ante la realidad de los hechos, del tristísimo estado en que hoy se encuentra el vetusto imperio de China.

MÉN-TZU.

## Un celoso misionero

### sabio eminente y gran patriota

Biografía del P. Agustín María de Castro, agustino

(Continuación)

PROVISTO ya de abundantes materiales, datos y manuscritos, recogidos en todas aquellas islas (1), y habiendo escrito de las cuatro principales, Panay, Cebú, Leyte y Samar, una descripción geográfica con su mapa correspondiente, volvió á Manila con el nombramiento de Bibliotecario propietario de nuestro convento; cargo en el cual fué reelegido varias veces (2).

Entonces pudo registrar á su satisfacción la Biblioteca y Archivo, y examinar detenidamente cuanto en ellos se encontraba de provecho para la realización de sus proyectos; pero no contento aún con eso, dedicóse luego á recorrer nuestras provincias de Luzón, y viajó por todas las Tagalas, por Camarines, Pampanga, Pangasinán, Zambales y ambos Ilocos, de todas las cuales *aprendió sus idiomas*, registró sus archivos, notó sus lugares, interrogó á sus ancianos, vió sus monumentos más antiguos, examinó las inscripciones de lápidas, sepulcros y campanas, con el objeto de averiguar sucesos, fijar épocas, combinar especies, arreglar tiempos, corregir anacronismos, y de este modo completar y perfeccionar más y más su predilecto *Osario y Biblioteca* (3).

(1) Véase el *Osario*, pág. 98, donde, hablando del P. Francisco Masanet, dice: «Advierto aquí que en el discurso de siete años que yo anduve administrando Sacramentos por las cuatro provincias de Bisayas, hallé en aquellos archivos muchos y buenos manuscritos, compuestos por diferentes frailes agustinos.»

(2) «Esteban Morán... Todos los cuales libros, y otros muchos preciosos manuscritos existen al presente en la rica Biblioteca de San Agustín de Manila, de la cual he sido bibliotecario propietario muchas veces. (*Osario venerable*, págs. 74-75).»

(3) «Manuel Garriz... Noto aquí que en el viaje particular que hice por la provincia de Ilocos á fin de inquirir y hallar documentos con que llenar este mi libro, hallé en varios conventos los manuscritos siguientes: Primeramente el *Catón cristiano*, en verso ilocano, por un anónimo agustiniano. Item, el *Arte y Vocabulario del idioma igorrote*, por varios misioneros agustinos; saqué una copia y la tengo en mi poder. Item, *Ejercicios de un buen Político cristiano*, tomo en 4.º, lengua iloca, por el mismo anónimo. Item, *Compendio de el arte ilocano*, del Padre López, con un tratado de prosodia y poesía á lo último, por un anónimo; pero me certificaron varios Padres que era su autor el P. Fr. Fernando Rey, ministro y cura de Batac; está un tanto en mi poder. Item, *Consuelo de enfermos y socorro de moribundos*, lengua ilocana, un tomo en 8.º, por dicho anónimo. Item, *Método racional y necesario para inducir á los indios ilocos á recibir fructuosamente el sacramento de la Penitencia*, en dos lenguas, un tomo en 8.º, por el dicho anónimo. Item, *Espejo del alma*, un tomo en 8.º, lengua ilocana, por otro anónimo agustiniano. Item, las *Noenas y Gozos* del milagroso Crucifijo de Sinaít; de la Virgen del Buen Consejo; de San Agustín, nuestro Padre; de Santa Rita de Casia y de San Nicolás de Tolentino.»

Otros muchos manuscritos tengo vistos y hallados en aquellos pueblos, escuelas y casas de indios caciques; pero no los menciono aquí, porque unos no tenían título ni frontispicio, otros estaban trancos y faltos de hojas; otros sin fecha, autor, año, ni consuelo (sic); por lo cual no puedo dar razón más cumplida de ellos, como quería y deseaba mi buen celo y afición á todo hombre literato; aunque me parece basta lo escrito en este mi tal cual libro, para que el lector desapasionado é imparcial conozca el ardiente espíritu y erudición no vulgar que siempre han derra-



Pero no hizo estos viajes solamente como explorador científico y bibliográfico; antes que nada era el P. Castro celoso propagador del Evangelio, é incansable misionero; y así lo vemos por estos años ejercer sucesivamente el ministerio apostólico en el pueblo de Pasig (1), de la Provincia de Manila; en los de Angat (2), Calumpit (3) y Bulacán (4), de la provincia que lleva el nombre de este último; en los de México y San Fernando (5), de la Pampanga, y en los de Batac, Can-

mado en estas tierras infecundas de Filipinas los verdaderos y legítimos hijos del Águila africana, Agustino, mi gran Padre y Maestro.

«Lo mismo me ha sucedido en los viajes que tengo hechos por otras provincias de este reino de Philipinas, como son la de Leite, Sorsogón, Cebú, Panay, Ilo-ilo, Tagalos, Pampanga, Pangasinán y Sambales, en todas las cuales me he detenido los meses suficientes para registrar sus archivos, notar sus lugares, interrogar á sus ancianos, ver sus monumentos más antiguos, y lo que más es, aprender sus idiomas, en los cuales estoy examinado y aprobado para confesar y predicar, como de hecho lo he practicado, y consta de los títulos y papeles que paran en mi poder. De las siete provincias más distantes de Manila tengo hechos mapas chorográficos y cartas edificantes descriptivas de todo cuanto hay en ellas curioso y notable, todo á mayor gloria de Dios nuestro Señor y provecho de mis próximos. Amén. (*Osario venerable*, pág. 238 y sigs.)» Item, en las págs. 212-13 de la misma obra, narrando la vida del P. Lucas Morfi, dice también: «Yo fui también Ministro, aunque indigno, de este pueblo de Candong, y cuando en mis pláticas hacía memoria de este ejemplar antecesor, reparé que se enterneceban mucho los indios, especialmente los cofrades de la Santa Correa.»

«Advierto que estuve dieciséis meses en esta provincia de Ilocos á fin de inquirir noticias, revolver autores, buscar manuscritos, leer campanas y otras inscripciones, interrogar ancianos y registrar archivos, para averiguar sucesos, fijar épocas, combinar especies, arreglar tiempos y corregir anachronismos, de que es buen testigo este *Osario* y Biblioteca. Para lo cual me ayudó y favoreció mucho el muy reverendo P. Fr. Andrés Carro, Prior por Bantay, Vicario Provincial y Visitador de aquella Provincia, con los PP. Fr. Melchor Garrido, cura de Narvacan y carísimo convecio y bienhechor mío, Fr. Francisco Muñoz y Fr. Estéban Orduñez, Definidor y cura de San Nicolás, con otros varios Padres que por abreviar omito; pero á todos debo dar las gracias.»

(1) Véase el *Osario*, págs. 241-42, donde dice: «Mathias Rodríguez... Profesó el año de 1756. Fui su convecio y después su compañero en Pasig.» Item, págs. 265-66: «Pedro Herrero... también tradujo nuestro autor los *Ejercicios espirituales de San Ignacio*, impreso en Manila el año de 1645; un tomito en 8.º, que vi y leí en el Beaterio de Pasig, siendo yo allí vicario.»

(2) «Gregorio Giner... Yo fui su confesor interino en el pueblo de Angat, y podía decir con verdad otras muchas virtudes de que estaba enriquecida su alma. (*Osario venerable*, pág. 107).»

(3) «Gabriel Riquez... Siendo yo Ministro de Calumpit, me mostraron los indios su sepultura, en la cual solían rezar ellos el Rosario y encender algunas candelas por prueba de la mucha veneración que le tenían, y me contaban algunos milagros. (*Osario venerable*, pág. 103).»

(4) «Lucas Ortiz... Estos dos tomos dichos estaban en la Biblioteca de Bulacán, en donde fui yo presidente el año de 1775. (*Osario*, pág. 207)» El pueblo de Bulacán, cabecera de la provincia de su nombre, cuenta actualmente unos 14,000 habitantes. En la plaza del mismo se ostenta el monumento levantado por el señor Govantes á la memoria del príncipe de los botánicos filipinos, P. Manuel Blanco, de la Orden de San Agustín. De dicho pueblo salió pocos meses antes de perderse para España las islas Filipinas, el M. R. P. Francisco Valdés, obispo preconizado de Puerto Rico y hoy electo de Jaca, por traslación del también agustino Hermano P. José López á la Sede de Pamplona.»

(5) «Juan Medrano... Todos estos libros los vi y compré siendo yo vicario de México y Presidente de San Fernando en dicha Provincia (de la Pampanga). (*Osario*, págs. 168-69).» Los dos últimos Religiosos españoles que han estado al frente de las parroquias de México y San Fernando han sido respectivamente los PP. Juan Terrero y Antonio Redondo. Ambos han terminado su larga vida de sacrificios y de merecimientos con una muerte gloriosísima. El primero fué fusilado hacia últimos de Julio del año 1898 por los revolucionarios filipinos, en atención á haber sido el azote de los masones de su parroquia, y haber denunciado

dong y Macsingal, de las Provincias Ilocanas (1).

Las molestias que todas estas expediciones le ocasionaron, y los trabajos que en dichos viajes padeció fueron tan grandes, que por tres veces llegó á caer enfermo de gravedad, hasta el punto de necesitar ser auxiliado con los últimos Sacramentos; pero no fueron parte estos achaques y contratiempos para quebrantar su constancia y hacerle desistir de sus propósitos; sino que continuó en sus investigaciones aún con la vista debilitada, de tal modo que llegó á perderla más adelante (2).

En el año de 1778 lo encontramos de predicador en nuestro convento de Manila (3), y en dicha casa tuvo también, según el P. Cano, otros varios empleos.

Para el año de 1780 tenía ya terminadas las obras siguientes:

1.<sup>a</sup> *Vida de los Santos Barlaán y Josafat*, á petición de una señora cebuana. Un tomo en cuarto (4).

2.<sup>a</sup> *Vida de San Agustín nuestro Padre*. Un tomo en cuarto.

3.<sup>a</sup> *Pláticas doctrinales vespertinas*, predicadas en Cebú en los Novenarios del Santísimo Nombre de Jesús y de Santa Rita de Casia. Un tomo en cuarto (5).

4.<sup>a</sup> *Cartas edificantes de las Islas Filipinas*. (Son las descripciones y mapas, antes mencionados, de las Islas Bisayas, y de las provincias de Ilocos, Zambales y Batangas).

5.<sup>a</sup> *Historia del insigne convento de San Pablo de Manila*. Un tomo en folio.

6.<sup>a</sup> *Osario Venerable*. Un tomo en folio.

á las Autoridades españolas los proyectos se paratistas que se fraguaban en las logias. Murió como mueren los confesores de la fe y los héroes de la patria. El P. Antonio Redondo, á quien los habitantes de San Fernando debían inmensos favores por las mejoras que había introducido en el pueblo, que había levantado una iglesia monumental y bellísima, y un convento cual no había ninguno en aquella Provincia, estuvo también á punto de ser fusilado al caer prisionero con la mayor parte de los Padres de la Pampanga; y, si bien no llegó á ejecutarse la sentencia, fué después martirizado tan bárbaramente, que á consecuencia de los padecimientos entregó santamente su alma al Señor en la prisión el 30 de Marzo de 1899. Al final del *Directorio* de la Misa y Oficio divino que acaba de publicarse en Manila para uso de los Padres Agustinos en 1900, se encuentra la lista de los Religiosos de nuestra Orden que aún gimen cautivos bajo el yugo de los tagalos. En dicha lista figura el P. Antonio Redondo, del cual se añade en una nota: *Multas ærumnas horrendaque ludibria perpessus in captivitate, post menses undecim obiit in Domino*.

(1) «Joan García... Y aún siendo yo vicario de allí (de Batac), me contaban los indios cosas maravillosas de él. (*Osario venerable*, págs. 163-64).» Véase también la nota arriba inserta, donde afirma el P. Castro que fué Ministro de Candong. Item, páginas 184-85: «Juan Olalla... Todos (los libros de este Padre) los vi y leí manuscritos en la librería de Macsingal cuando yo fui Presidente Ministro de este pueblo.»

(2) Véase la conclusión del *Osario*, que insertamos más adelante, y el prólogo de la misma obra.

(3) «José de Victoria... tomó posesión del Provincialato con sus Definidores en este convento manilense á 27 de Agosto de 1778. Estando, pues, en pacífica posesión, celebraron Capítulo y Definitorio pleno el sábado 3 de Octubre del susodicho año de 78. Todo se hizo en paz y charidad, como lo ví por mis ojos, hallándome yo á la sazón de Predicador en aquel dicho convento. (*Osario*, págs. 196-97).»

(4) Sabido es que la historia de los llamados Santos Barlaán y Josafat, es considerada por los críticos de mejor nota como una leyenda fabulosa de origen budista.

(5) Estas tres obritas las escribió el P. Castro en dialecto cebuano. Véase el *Osario*, pág. 383.





GABÓN.—Sacrificio de una gallina en la proa de la piragua (Acto-Agowé)

Reproducción de un dibujo del Ilmo. Le Roy. (Pág. 108)

7.<sup>a</sup> *La Conquista de Cebú e Invención del Santo Niño*. Comedia famosa que á mayor honra y gloria de Su Majestad compuso el P. Fr. Agustín María. En verso castellano.

Desde la fecha indicada pocos son los datos que podemos añadir á la biografía de nuestro Religioso; sólo sabemos que continuó escribiendo, mientras pudo, acerca de varios puntos, habiéndonos dejado como fruto de su actividad incansable, además de las obras ya enumeradas, las que á continuación se expresan:

8.<sup>a</sup> *Reseña sobre la guerra de los ingleses*.

9.<sup>a</sup> Varias biografías de algunos Religiosos.

10. Viaje á Taal y Balayán.

11. Cuadernos sobre la provincia de Batangas (1).

Los motivos que indujeron al P. Castro á escribir todas estas obras, nos los indica en el hermoso párrafo que pone por conclusión del *Osario*; párrafo que por ser á la vez un testimonio elocuente de la profunda piedad de nuestro biografiado, vamos á copiar á continuación. Dice así: «Concluí, á mi Dios las gracias, una obra que me ha costado diez años de continuo trabajo. Concluí, si se puede decir concluida, una obra cuya materia son hazañas de gigantones agustinianos; conversiones de muchos Reinos y Provincias; martirios de muchos confesores de Jesucristo; beneficios que Dios Nuestro Señor, y el Rey nuestro Amo, han hecho á estas cristiandades; virtudes y ejemplos de muchos Siervos de Dios; sudores y trabajos literarios de muchísimos ingenios españoles; noticias curiosas y sucesos raros; y otras mil cosas concernientes á esto. De todo lo cual me parece que sigue á Dios singular gloria y alabanza; honor y fama á la nación española; veneración y estima á nuestro santo hábito agustiniano, y ejem-

plos de edificación para imitarlos. Todos estos poderosos y eficaces motivos mantuvieron mi flaca y mal cortada pluma, que ya titubeaba muchas veces, combatida de innumerables dificultades y tropiezos, que se le ofrecieron en este camino tan largo, tan penoso y tan lleno de peligros. Pero ya llegamos al puerto con la ayuda visible del Altísimo, á cuya mayor honra y gloria, y de su Hijo unigénito Jesús, va todo ofrecido y dirigido, y á quien de justicia se debe atribuir todo lo bueno.

«Pues ¿qué diré de la Reina de los Angeles María Santísima, Virgen y Madre de Dios, venerada con el título de Guadalupe, á cuya poderosa intercesión y amparo debo y confieso la salud que me faltó al mejor tiempo por tres veces que estuve sacramentado en la cama, y otros mil favores que jamás podré referir, ni menos agradecer, como vil esclavo que soy suyo? Lo mismo digo de su santísimo esposo, el Señor San José, quien me ha librado de muchos trabajos y grandes tribulaciones, sin mérito alguno de mi parte. A mi gran Padre, Doctor y Fundador San Agustín, ya se supone y se infiere de aquel corazón abrasado en amor de Dios y del prójimo, que me habrá socorrido con auxilios siempre que se lo he pedido legítimamente. A nuestro gran Apóstol y Patrón Santiago, le confieso también mil favores, librándome de los moros y otros peligros, en los muchos viajes que por mar y tierra tengo hechos. A todos los demás cortesanos del Empíreo, les doy mil gracias y agradecimientos, con especialidad á San Antonio de Padua y á mi santo Angel Custodio.»

Finalmente, después de una vida consagrada toda á extender el conocimiento de Dios entre los habitantes de Filipinas por la predicación del Evangelio, á conservar el prestigio y buen nombre de España por el sostenimiento de su dominio en aquellas islas, y á procurar el mayor esplendor y lustre de la Corporación Agustiniana por la publicación de los heroicos sucesos reali-

(1) Esta obrita, cuyo título tomamos del P. Cano, es probablemente la misma titulada por el P. María: *Viaje á Taal y Balayán*.



zados en aquel suelo por sus hermanos de hábito, murió el P. Agustín María, en nuestro de Manila, en 31 de Octubre de 1801.—(Se continuará).

## Sidón y Tiro

(Conclusión)

EN el siglo VII (636) fué arrancada al cetro de los emperadores de Oriente por los musulmanes, que no perdonaron un solo monumento de la piedad cristiana. Después de la conquista de Palestina por los cruzados, sitiada Tiro por Balduino II, rey de Jerusalén, y por los venecianos, á las órdenes del dux Michieli, fué tomada al cabo de treinta y cinco días por capitulación, en virtud de la cual los musulmanes salieron libres de la ciudad con todo lo que pudieron llevar sobre sus espaldas ellos, sus mujeres y sus hijos (1124). La población fué dividida en tres partes, dos de las cuales se pusieron bajo la dependencia de los reyes de Jerusalén, y la tercera se adjudicó, como precio de su ayuda, á los venecianos. Algunos años más adelante ocupaba la cátedra arzobispal de Tiro el famoso historiador de las Cruzadas Guillermo. Después de la desgraciada batalla de Tiberíades, estuvo á punto de caer la ciudad traicionablemente en manos de Saladino. Salvóla de tamaña desgracia Conrado, marqués de Monferrato, que desbarató los planes del pérfido Reinaldo de Sayete y la defendió con tanta pericia y bizarría, que el conquistador musulmán, después de inútiles tentativas, levantó el cerco, á la llegada de fuerzas cristianas, que vinieron en auxilio de los sitiados. El héroe de las huestes salvadoras fué un español, que compartió la gloria con el mismo Conrado. A su vista «parece renacer el entusiasmo de los primeros cruzados. Los caballeros Templarios y Hospitalarios rivalizaban en pruebas de valor con los de Tiro y con los recién venidos, entre los cuales, principalmente, un español, llamado el *Caballero Verde*, jinete en arrogante corcel, y llevando por cimera una alta cabeza de ciervo, fué el terror de los musulmanes. Saladino tuvo que levantar el sitio. Marchó contra Trípoli; pero la desgracia le perseguía allí bajo la figura del Caballero Verde, al cual envió Conrado en auxilio de los sitiados.»

Cuatro años después del brillante episodio, en que tan gloriosos lauros alcanzó el héroe español, fué muerto Conrado en una de las calles más públicas de Tiro por dos satélites de famoso *Viejo de la Montaña* (1192). Juan de Briena, casado con María, hija del infortunado Marqués, recibió en Tiro, juntamente con su esposa, la corona del reino de Jerusalén. A la toma de San Juan de Acre por el sultán de Egipto Julil-Ascharraf, siguió la de Tiro por uno de sus emires, al cual abrieron los habitantes las puertas de la ciudad en la imprudente confianza de que respetaría la tregua entre ellos pactada. Bien cara pagaron su indiscupable candidez: el bárbaro trató á Tiro como á ciudad conquistada.

Desde entonces se eclipsó para siempre el esplendor de Abíbal é Hiran, de Pigmalión y Dido, del arzobispo Guillermo y de Conrado de Monferrato. En vano trató de levantarla de su triste postración á principios del siglo XVII el famoso jeque druso Facardín. En el últi-

mo tercio del siguiente (1776) cayó bajo el pesado yugo de los metualíes del Líbano, para sucumbir nuevamente bajo el de los turcos, no mucho más suave, por cierto.

La Tiro de nuestros días ocupa el mismo sitio que la conquistada por Alejandro, si bien la isla está convertida en península, que tiene cuatro kilómetros superficiales y fué unida al continente por el Héroe macedonio mismo. Tiro más parece cementerio que ciudad, y las casas sepulcros de piedra ó de tierra. Sus calles son sumamente estrechas, aunque más limpias que las de otras poblaciones. De sus habitantes, dice Fr. Lievin, que son los más civilizados del Oriente. Es capital de un arzobispado griego católico. La catedral actual, bastante reducida, fué edificada no hace dos siglos; pero empleáronse en ella los materiales de los monumentos antiguos, que yacen por el suelo, y van desapareciendo de día en día: el pavimento es de mármoles de diferentes especies y de pórfido. También hay un convento de Padres Franciscanos, establecidos en Tiro desde el año 1256. A su escuela concurren, además de los niños católicos, algunos cismáticos, hebreos y turcos. Otro tanto decimos de la escuela de niñas que tienen allí las *Religiosas de San José*. La población de Tiro asciende á unos 5,000 habitantes, á saber: 2,500 católicos griegos, 60 católicos latinos, 200 católicos maronitas, 50 cismáticos, 50 judíos y 2,140 turcos de la secta de los metualíes.—J. M. F. S.

## VARIEDADES

### La lima de los deseos

APUNTES DE MI CARTERA



PENAS un asomo de razón iluminó las obscuridades de su cerebro, ya vieron sus ojos obstáculos mortificantes y sintió en su corazón el ansia de librarse de ellos. El silabario fué su pesadilla porque envidiaba á los que leían «en *Fleury*» y escribían de «palotes;» llegó á hacerlos, y le desazonaba la experta mano

que guiaba á la suya, débil y torpe; escribió solo, y maldijo del método que le obligaba á trazar las letras á pulso entre líneas paralelas; escribió, después, libre y suelto sobre la blanca superficie del papel, y le quitaron el sueño las lecciones de memoria, los primeros problemas de la aritmética, la vigilancia de la niñera que le acompañaba en sus ratos de huelga, en plazas y paseos; y deseó con ansia llegar á esa edad en que termina la fastidiosa tutela de los rodrigones, y comienza el niño á campar por sus respetos.

También llegó pronto esa edad, porque el tiempo vuela; y le cambiaron los bombachos cortos por los calzones de largas perneras, la holgada blusa por la tira-



na chaqueta, y el birretillo gracioso por el empedernido sombrero; atáronle con una correa muchos libros, en latín los más divertidos de ellos, imponiéndosele la obligación de estudiar un poco de cada cosa todos los días, bajo la férula de otros tantos profesores, á cual más huraño y desabrido; y desde aquel momento empezó á envidiar la suerte del estudiante de Universidad, que no necesitaba esclavizar los bríos de su temperamento á la engorrosa é inalterable ley de los *declinados* y de las conjugaciones; que era mozo con barbas y fumaba sin esconder el cigarrillo tras de cada chupada; que vestía como un caballero, viajaba solo y vivía en completa libertad. Entre tanto, cada hora de cátedra le parecía un año de cadena, cada examen le ponía fuera de quicio, y el peso de las lecciones pendientes le amargaban los pocos ratos que le quedaban libres para jugar al bote en las aceras y al marro en las plazas públicas.

Así fueron corriendo los años de su bachillerato, años que le parecieron siglos en su afán de que pasaran pronto, y también llegó á la Universidad. Pero entonces ya le negreaba el bozo en la cara; y como era un mozalbete hecho y derecho, comenzaban á dilatarse, arrebolados y primaverales, los horizontes de su fantasía; el corazón palpitaba de regocijo en su pecho, rebosaba de vida y de esperanzas y se anegaba todo su ser en un golfo de delicias, sin fondo, sin riberas y sin tempestades. Pero tenía este mar un escollo, uno no más, contra el cual se estrellaba él en cuantos rumbos le trazaban sus inquietas imaginaciones: la Universidad misma, su condición de estudiante con las horas fijas de cátedra, su escasez de dinero y de levitas, su falta de verdadera independencia. ¿Qué era él, en sustancia, á la sazón? Entre los hombres, un niño; entre los niños, un hombre; es decir que en todas partes estaba de sobra, fuera de la ley... en todas partes, menos en la Universidad: precisamente donde él no quería estar. De modo que todos sus «ideales» se realizaban fuera de la región en que el deber y la edad le colocaban... ¡Ah! la borla, ¡la borla! ¡Cuando la ostentaría en sus sienes! ¡La borla era la libertad, la independencia, el carácter, la verdadera carta de ciudadanía! La borla en sus sienes era tener barbas, ser hombre, hablar en público, escribir, ser actor principal en la escena del mundo, adquirir fama, gloria quizás; de seguro, riquezas.

Y llegó también el día de ceñirse la borla, tras de muchos cursos ganados sabe Dios cómo, y sin haber pagado todas sus cuentas al sastre; pero pasando las penas del purgatorio, para que en tan largo número de años no conociera su padre los apuros de su vida.

Doctor, yo no sé en qué, tampoco en esta nueva jerarquía encontró lo que en ella había creído vislumbrar desde lejos. Desvaneciase su persona en la confusión de otros mil doctores de la propia ralea, y hasta observaba que no eran los más favorecidos por el aura popular los que tenían mayores merecimientos, sino mejores padrinos; ni éstos los más venturosos, puesto que cada altura que ganaban de un salto, sólo les servía para codiciar con dobladas ansias otra mayor. Mortificábale esta invencible contrariedad de su carrera, y no resultaba, por ende, aquel punto el que le satisfacía para detenerse y acampar en él hasta el fin de su vida, col-

madras ya sus ambiciones, y muertos, ó apaciguados siquiera, sus deseos. Molestábale también aquel vivir entre fárragos insustanciales que no podía barrer de su pupitre, porque ellos eran su pan y su vestido, fárragos acumulados por el movimiento maquinal de su cerebro de doctor, no producto de la febril ebullición de su fantasía que le arrastraba en bien distintas direcciones. Hastiábale, asimismo, la soledad en que vivía dentro de su propio hogar, y suspiraba echando de menos, para estímulo en su trabajo y consuelo en su fatiga, el afecto noble y generoso de la compañera elegida por el corazón, y por Dios otorgada y bendecida. ¡Venturoso instante aquel en que estos sus deseos llegaran á realizarse! ¿A qué más afanes ya ni más intentos?

Y llegó pronto el suspirado «mañana.» Pero los insaciables deseos no callaron. Faltaba algo en el cuadro de su felicidad; algo que es en el hogar doméstico lo que la brisa y los pájaros en el bosque armonías y regocijo. Faltaban esos angelitos con ojos azules, húmedos labios y dorados rizos... Y también vinieron, según los días y los años fueron corriendo; vinieron lanzando el primer vagido antes de abrir los ojos, especie de protesta que exhala el alma, aliento de Dios, al sentir el contacto de la tierra, montón de barro de maldades. Pero los tiernos seres sólo eran ángeles en la figura; y cogían indigestiones, y padecían tos ferina y sarampión, y un soplo de aire frío los ponía á morir. La estadística acusaba una cifra espantosa de víctimas á aquella edad. ¡Qué pena cuando enfermaban! ¡Qué horrible pensamiento el de qué podían morir, cuando le asaltaban por todas partes, y le comían á besos y le registraban los bolsillos y le aturdían con sus preguntas sin fin, en una lengua cuya gramática solo conocen los padres!

¡Años! ¡más años!... Que pasaran los años era su anhelo incesante, para que aquellas tiernas existencias, con mayor desarrollo, corrieran menos peligros. Además ¿no es cada niño un problema que ha de resolver el tiempo? Y ¿qué curiosidad más lícita que la que siente un padre por conocer esa solución? ¿Qué llegará á ser aquel inocente que se aflige por la rotura de su juguete, y ríe como un loco con la mosca que se estrella contra los vidrios del balcón, imagen fiel de la razón sin guía? ¡Y qué cosas ven los padres en esas contemplaciones, á la luz de su amor y de sus deseos! ¡Qué figuras, qué cuadros se pintan en el lienzo de su fantasía... Poetas ilustres, sabios ingenieros, invictos generales, tribunos arrebatadores... tal vez el arte glorificado, la ciencia transformada, la patria engrandecida... porque todo ello puede ser obra del hombre; y para estas aristocracias del genio no hay cuna de preferencia, y no habiéndola ¿por qué no ha de soñarla cada padre en la de sus hijos? Verdad que tampoco la hay para los monstruos del crimen; pero Dios no ha querido dar á los padres la espantosa tortura de poder imaginarse en el inocente sér que acaricia sobre sus rodillas, al héroe del presidio ó á la presa del verdugo. ¡Que vuelen, pues, las horas y los años! ¡que se aclare el misterio! ¡que se resuelva el problema!

Y voló el tiempo, y el niño inocente llegó á muchacho revoltoso, y el muchacho se hizo mozalbete presumido, y el mozalbete se transformó en hombre barbado;



y en cada una de estas fases ó etapas de su vida se iban retratando otras iguales de la vida de su padre, cuyos deseos, lejos de apaciguarse, á la edad de las abnegaciones y de los desengaños, crecían y se multiplicaban, porque vivía por todos y para todos y cada uno de sus hijos; y los cuidados y los afanes de éstos eran sus propios afanes y cuidados... hasta que un día, al tender la vista en su derredor, se vió solo ¡solo en su hogar! Unos muertos, otros ausentes... ¡nadie quedaba allí ya!... nadie más que él, con la carga de su vejez y de sus achaques.

Corto, muy corto, resbaladizo y pendiente era el camino que le restaba; y aun le parecía que era lento su andar y que el tiempo no corría bastante; aún esperaba «mañana» el alivio de sus dolores y el calmante de sus pesadumbres. Débil filamento es ya lo que antes fué árbol robusto de su vida; y aún sin cesar, le muerde y le adelgaza con la lima de sus deseos implacables; y sólo cesa en él el ansia de *otra cosa*, cuando con el último suspiro de la vida se desprende el alma de la grosera envoltura que la ha ligado á la tierra, y libre y purificada con la resignación y el martirio, vuela á su verdadera patria, donde el tiempo no corre, ni la luz se extingue, ni la dicha se acaba.

Tal fué, á grandes rasgos, su vida. Supla cada cual con sus recuerdos y su experiencia, los detalles que faltan en el cuadro; los mezquinos, prosaicos deseos de cada instante: desde la bota que oprime, y el trabajo que fatiga, y el calor que sofoca y el frío que entumece, hasta el festín que se aguarda ó el ascenso ó el alivio, ó el mendrugo que se esperan. ¡Siempre el deseo empujando! ¡Siempre la lima mordiendo! Siempre, en fin, el alma, como desterrada en el mundo, ansiando por sa-

lir de él. No es otra la enfermedad que acusan nuestros deseos incesantes y nunca satisfechos: la nostalgia de la patria. ¡Lástima que no paren mientes en ello los sabios que han dado en engreírse con su ilustre progenie de gorilas y chimpancés! ¡Si al menos, y en virtud de su descubrimiento prodigioso, se vieran sanos de la enfermedad de los deseos! Pero ¿dónde los hay más insaciables que entre las luchas de la soberbia, engendrada por los impulsos de una razón sin trabas ni cortapisas?

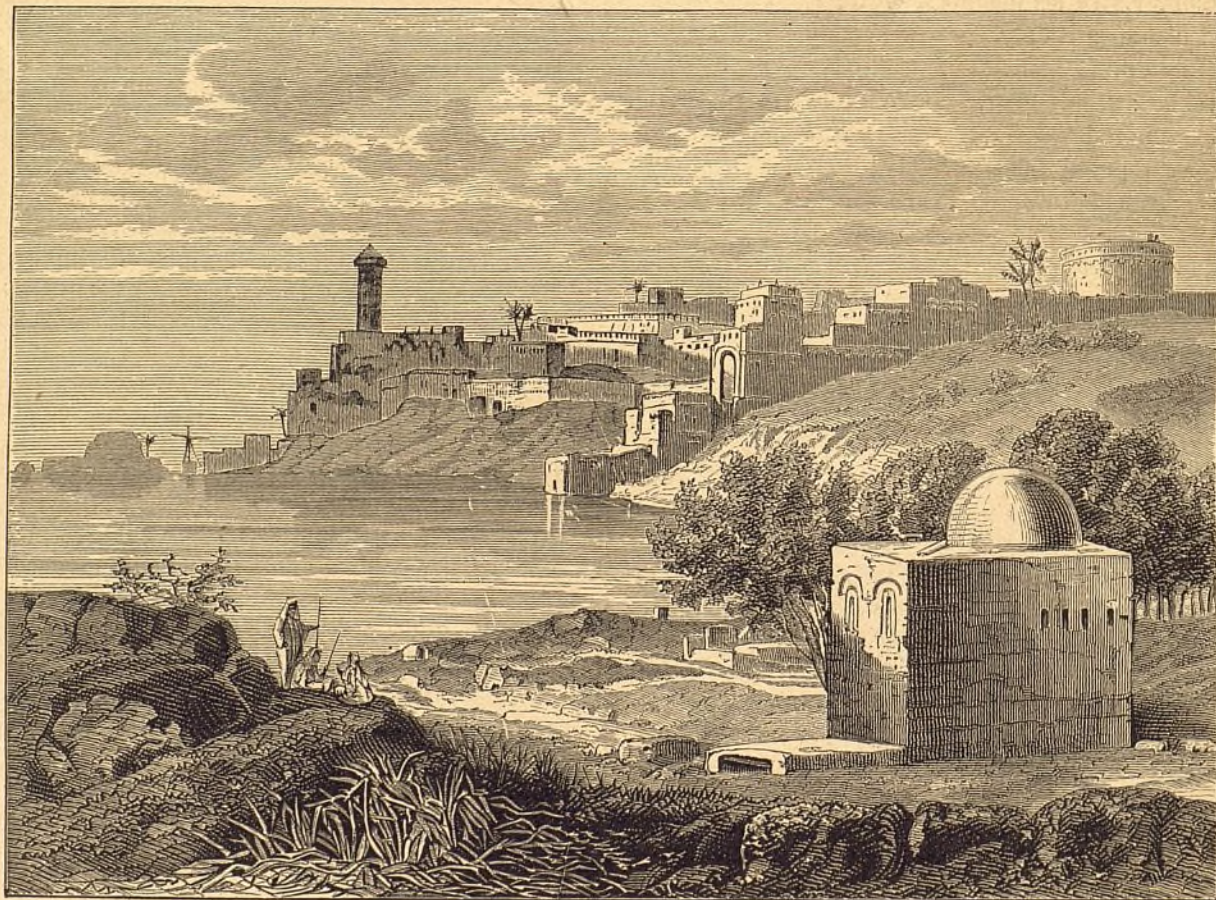
Los hasta aquí trazados son rasgos de la vida, digámoslo así, del *hombre bueno*; el cual, con serlo y todo, jamás encontró en ella un punto de perfecto reposo, ni nunca hizo jornada que, al terminarla, deseara no pasar de allí. Pues fíjese un poco la atención para completar el cuadro, en esas regiones sombrías donde la inteligencia se atrofia y el corazón se corrompe; donde el vicio es la ley y la miseria se impone con sus negros atributos de ignorancia, de envidias y de rencores. ¿Quién es capaz de medir el empuje y la velocidad vertiginosa de aquellos deseos? Ya no son lima que muerde en aquellas vidas agitadas: son, á un mismo tiempo, huracán que arrasa y precipita, y fuego que devora.

¿Qué es, pues, en sustancia, esto que llamamos *vivir*? ¿Qué tesoro es ese, por cuya guarda tantas injusticias y tantas maldades se cometen en la tierra? ¿A qué queda reducido el espacio comprendido entre el recuerdo de lo último, ya pasado, y el primer deseo de *otra cosa mejor*?

Es posible que fueran muy otros los rumbos y el andar de los pueblos, si los hombres tuviéramos, ya que no alientos para vencer nuestras nativas debilidades, ojos, siquiera, para conocerlas y valor para confesarlas.

(H.).

J. M. de Pereda.



SIDÓN.—Ciudad de Palestina en los confines de la tierra de Canaán. (Pág. 114)



AÑO DE 1900

# LA HUÉRFANA

M. BOURDÓN

(Continuación)

Entrando después al dormitorio, alumbrado débilmente por una mariposa, vió á su tía en pie arrinconada junto á una cómoda y luchando con un hombre que parecía quererle arrancar un objeto que ella guardaba en la mano, y que defendía dando ahogados gemidos. El sonido de la campana y la aparición de la joven hicieron soltar la presa al desconocido, y en el mismo instante Teresa se lanzó á defender á su tía cu-



briéndola con su cuerpo. El hombre al rechazarla la hirió en la espalda, y mirándola con horrible fiera dijo con ronca voz:

—¿A qué venís?

Por el corredor se oyeron precipitados pasos, el ladrón corrió hacia la ventana, que había dejado abierta, y desapareció en la oscuridad, oyéndose un golpe sordo, del que nadie hizo caso. Los criados entraron: la anciana señora volvió en sí, suspiró con desahogo y dijo á Teresa:

—¡Tú me has salvado!

—Pero la señorita está herida, dijo la criada; mirad aquí en la espalda.

—Creo que es poca cosa, dijo Teresa. Me dió un golpe con el cuchillo...

—¡Miserable! exclamó la Sra. Delaroche; pronto, Juana, saca lienzo del armario... Llamad á los vecinos; corred á buscar un médico... ¡Pobre hija mía!

Teresa iba perdiendo el color, y la sentaron

en un sillón. Junto á ella sentóse su tía á quien la joven preguntó con voz débil qué había pasado.

—No podré explicarlo con exactitud: estaba durmiendo, y el ruido que produce un cristal al romperse me ha despertado. Salto de la cama, y ante mí veo un hombre, que me dice: «La llave de vuestra caja; ¡pronto, ó sois muerta!» Tenía yo esa llave, que nunca abandono, y él quiso arrancármela: grité pidiendo auxilio, y si no hubieras venido á salvarme, moría degollada.

—Dios nos ha protegido, contestó Teresa.

En este momento llegó el jardinero, y dijo que con la precipitación el tunante había resbalado y caído al suelo desde el extremo de la escalera que colgaba de la ventana, y que en su concepto se había roto el espinazo.

—¿Dónde está ese hombre? preguntó la señora Delaroche.

—Los vecinos lo han llevado á la leñera; pero no teman que jamás escale otra casa. Si no me equivoco, es el mismo Bruno que trataba de robar leña en las propiedades de la señora. Tuve ocasión de verle en el tribunal.

—¡Bien, muy bien! á su abogado debemos agradecer lo sucedido, dijo la Sra. Delaroche.

Llegó en esto el médico, y mandó que Teresa se acostara. La herida era leve y no inspiraba serios cuidados. Sin embargo, la tía exigió que se colocara la cama en su mismo dormitorio, y negóse á acostarse hasta que Teresa hubo conciliado el sueño. Este suceso causó en su ánimo honda impresión, y por vez primera en su larga vida demostraba interés por otra persona, y creía en la existencia de un cariño verdadero. Cuando Teresa abrió los ojos después de intranquilo sueño, vió á su tía sentada cabe el lecho, é instintivamente le alargó la manó. Conmovida la anciana estrechó con emoción la mano que le había defendido, y dijo afectuosamente:

—Teresa; pensando esta noche qué podría hacer para darte gusto, recordé que ayer te compadeciste del pobre Ravin; ¿quieres le envíe los ochocientos francos que solicitaba?

—Tía querida, ¡cuánta bondad!

—Justicia es el darte gusto. Tú para salvarme no dudaste interponerte entre mí y el asesino.

Pasó el día muy bien. Por la mañana acudieron el notario y su familia, que abrazaron á la joven felicitándola por su valor. El notario, conmovido, le decía:

—Eres fiel trasunto de tu padre: tienes iguales carácter y corazón.



—No lo niego, amigo Mesnil. En tanto, y como prueba de mi agradecimiento, deseo lleve en su nombre, ¿entiende V.? *en su nombre*, ochocientos francos al Sr. Ravin, que necesita esa cantidad para evitar un protesto. Sírvasse también pagar los gastos que se hayan hecho.

Mesnil no pudo ni quiso manifestar su sorpresa, que era superior á cuanta en su ya larga existencia experimentara, y corrió á cumplir el encargo. Entre tanto llegó el Juez de instrucción, interrogó á Bruno, confesó su delito, y quiso excusarlo repitiendo:

—El abogado lo dijo: ¡está tan rica la vieja!

Pocas horas de vida quedaban al desdichado criminal: la justicia humana no castigaría su delito. Su gravísimo estado impedía el conducirlo á la cárcel, y así el médico y el juez lo manifestaron á la Sra. Delaroche, á quien el solo recuerdo del ladrón la hacía temblar.

—Señora; un gendarme está guardándolo y no lo pierde de vista.

—Vivirá pocas horas, dijo el médico. ¡Admirable robustez la suya! Otro que sufriera tan horrible caída muere en el acto. Hubiera sido un valiente soldado. ¡Cuántos elementos valiosos desprecia la sociedad!

—Amigo mío, dijo el juez, tengo un plan acerca de los expósitos y de su educación, que deseo manifestárselo.

Saludaron cortésmente á las señoras, y salieron hablando.

—Pues esto faltaba, dijo la Sra. Delaroche; un hombre que va á morir en mi casa.

—¡Pobre infeliz! dijo Teresa.

—¿También le compadeces?

—¡Desgraciado! ¡va á morir y á comparecer ante Dios cargado de crímenes!

—Y ¿cómo remediarlo?

—Si V. me lo permite iré á verle, le hablaré, y quizás escuchará cuanto le diga.

—¿Quieres meterte á misionero? Bien, hazlo. No se dirá que hoy te he rehusado cosa alguna.

Teresa, por la primera vez de su vida, abrazó á su tía, y ésta le dijo conmovida:

—¡Eres muy buena! Visita á ese hombre, y ojalá logres inspirarle santo arrepentimiento.

En un rincón de la cochera, tendido sobre hedionda paja, veíase el criminal sufriendo las congojas precursoras de la muerte. A su lado el gendarme que lo custodiaba, compadecido de tanto padecer, humedecía los labios del herido con agua bienhechora.

Teresa después de mirar atentamente al enfermo, dijo en voz muy baja al que lo custodiaba:

—Este hombre está gravísimo.

—Tan grave, señorita, que presumo va á expirar: pero de piedra debe ser, pues no le mató la caída.

—¿Ha venido algún sacerdote?

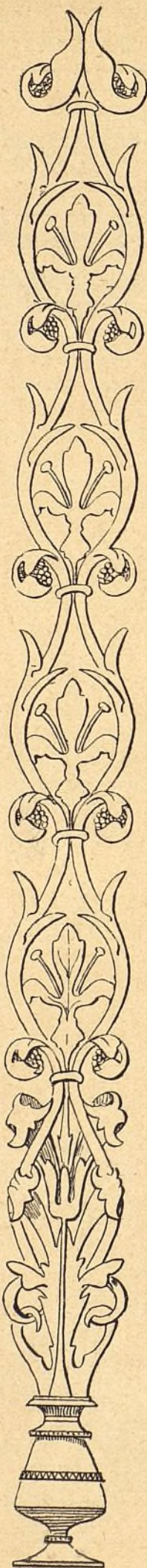
—El señor cura; pero negóse á escucharle.

—Hacedme el favor de llevaros á la vecina parroquia, y suplicad al cura ó á sus vicarios que se dignen volver: yo cuido de vigilar el preso.

—No hay peligro de que se escape, dijo el gendarme.

—Procurad volver presto.

Así que salió el gendarme, se acercó Teresa al moribundo, que tenía los ojos fijos en ella con expresión feroz y repugnante.



La piedad y la compasión llenaban el alma de Teresa, que se arrodilló junto á Bruno y quiso tomarle la mano. El la retiró y le dijo:

—¿Qué queréis? Recuerdo haberos visto.

—Sí, respondió Teresa, la pasada noche. Decidme: ¿hicisteis vuestra primera Comunión?

—Sí: el cura de mi pueblo me obligó á hacerla.

—Pues bien; el Dios que recibisteis aquel día, quiere venir á consolaros; no lo rechacéis.

—Y á vos ¿qué os importa?

—Deseo vuestra salvación. Esta noche me habéis herido, ¿lo recordáis? Pues bien, abandono el lecho sólo para deciros que os perdono de todo corazón, y que pido á Dios abra los ojos de vuestra alma para que en el cielo nos encontremos.

Teresa le habló largo tiempo, y dióle agradable bebida. El moribundo la escuchaba silencioso, y en su fisonomía reflejábanse indefinida dulzura.

—Amigo mío, el señor cura va á venir; ¿queréis escucharle? ¡os lo pido, os lo suplico!

El hombre inclinó la cabeza murmurando con voz casi imperceptible:

—Sí: me obligáis á creer en la misericordia de Dios. Quiero rezar: ayudadme.

Llegó el cura, y Bruno, sumiso y dócil como un niño, se dispuso á confesarse y á morir como cristiano. Cuando hubo espirado, subió el sacerdote á ver á la Sra. Delaroche, y le dijo señalando á Teresa:

—La señorita salvó la preciosa existencia de V., pero ella es también la salvadora del alma del desgraciado que acaba de morir. Sin su caridad y amabilidad sumas, el corazón del pecador no se ablanda. ¡Dios recompense tan buenas obras!

## XII

**P**RONTO y completamente restablecióse Teresa, y sólo una muy pequeña cicatriz le recordaba la aciaga noche. No así la anciana tía, cuya naturaleza fuerte resistiera el paso destructor de los años, pues sufrió conmoción tan horrible al verse sola é impotente en manos de un ladrón que amenazaba matarla, que nunca logró rehacer su salud, desde entonces fuertemente quebrantada. Hablaba poco, y nunca de sí misma; oía indiferente el parecer del médico; remitía al notario á cuantos de negocios le hablaban, y todos sus gustos parecía compendiarlos en vivir tranquila y sola siempre al lado de Teresa, su querida salvadora, que se esforzaba en servirla y adivinar los gustos todos de aquella naturaleza decaída. Pero ¡cuán distintas conversaciones de las que antes sostenían! La joven refería con ingenuidad las tristezas de tiempos pasados, y su anciana tía y amiga contestaba explicando secretos afectos y extraños sucesos que nunca hasta entonces indicara á nadie. Teresa la escuchaba, y sus discretas preguntas evidenciaban el interés con que lo hacía.

—Te hablo, decíale, de cosas pasadas hace muchos años, de seres cuya existencia nadie recuerda. No sé por qué estas ideas me preocupan. Quizás muy pronto vaya á reunirme con aquellos seres en el otro mundo.



—Tía, espero que Dios le dará larga vida.

—¿Lo deseas, Teresa?

—Sí, señora, de todo corazón: ¡estoy tan contenta!...

—Dime, querida, ¿por qué estás contenta?

—Porque me acompaña una persona que me quiere.

—¡Pobre niña! exclamó suspirando la Sra. Delaroche: te compadezco; necesitas amar y ser amada, y esto será causa de grandes sufrimientos.

Inclinada la cabeza y absorta en sus ideas, cual si hubiera respondido á interior reflexión, continuó diciendo:

—Vas á sufrir mucho; lo sé por experiencia. ¿Crearás, Teresa, que en mi juventud me parecía á ti? Sí: entonces era como tú sencilla, y aspiraba á bienes imaginarios, como el amor, la confianza, la simpatía de los corazones y el afecto correspondido. Podía compararme al manzano precoz, que se cubre de flores blancas antes de tiempo, y al soplar los vientos de primavera se ve despojado de las flores queridas, é impedido de producir fruto. A los veinte años soñaba y amaba, ¿quién no fía en risueño porvenir? Verdad es que mi padre era pobre, que tenía más ciencia que riqueza; pero economizando vivíamos bien, y como el autor de mis días era hombre de grandes conocimientos, que había viajado y leído mucho, su conversación era muy agradable. Las interminables veladas de inviernos parecían breves, pues mi padre leía ó hablaba; además, no siempre estábamos solos. A veces nos acompañaba...

Se detuvo, pero luego continuó:

—Aludía á un pariente, un amigo de la infancia, llamado Adrián Debrande, sí, Adrián Debrande, el padre de Pablo: era entonces lo que hoy es su hijo, un buen mozo, seductor, pero sin corazón y sin fe. Daba á entender que me amaba, y yo con la sencillez y la credulidad de mis veinte años le amaba de todo corazón. Tratóse de nuestro casamiento; pero se difirió hasta su ascenso, pues estaba como hoy su hijo, era empleado en la Administración pública. Consiguió el ascenso y fué trasladado de San Pol á una capital de provincia. ¡Qué de promesas me hizo al marchar! ¡cuántas cartas me escribió al principio! Pasaron meses, y aquéllas fueron menos frecuentes; después silencio absoluto: al fin la terrible noticia... Adrián se había casado. La dote de una joven le sedujo, y olvidó la amistad de la infancia, la fe prometida y la confianza que mi padre y yo teníamos en él. Fué sacrificada al dinero, y confieso quedé, no triste, herida cual por rayo destructor. Murieron todas mis esperanzas é ilusiones, y pasé años dolorosos hasta el día que experimenté el seductor placer de la venganza. He aquí cómo: mi padre había tenido en su juventud un amigo íntimo, con el cual mantenía asidua correspondencia que no entibiaron los años. Este amigo vivía solo con sus libros y sus colecciones, y tuvo el buen pensamiento de legarnos todo su caudal. Fué con este motivo rica, muy rica, mucho más que la que por la cual me habían protergado; pero ¿qué hacer de tanta riqueza si llegaba tarde? Mi padre apenas gozó de ella algunos meses, y quedé sola con los recuerdos tristes y la

fortuna inmensa. Hubiera podido casarme, porque después de la herencia fué rica, amable, simpática, y los jóvenes más distinguidos codiciaron mi mano; pero no quise renunciar á mi apellido y entregarme á un hombre que me pretendía sólo porque era rica, y continué viviendo sola y cuidando mis intereses, convencida de que en el mundo el dinero es todo. Poco tiempo después experimenté una vivísima satisfacción. Supe que Adrián Debrande, disipador por carácter, estaba completamente arruinado: ya recordarás que el otro día le di una limosna. Así he envejecido; estoy harta de ver salir el sol, avanzar majestuoso por el cielo azul y esconderse tras las montañosas alturas, y me pregunto: ¿para qué he vivido tanto?

Teresa, que estaba sentada junto á ella, tomóle la mano, y la dijo con dulzura:

—Tía, Dios que nos ha criado sabe por qué nos crió, y si nosotros le servimos fielmente y guardamos su ley...

La anciana interrumpióla con aire sombrío:

—Dios y el dinero no se puede servir al mismo tiempo.

—Nunca es tarde para obrar bien, dijo Teresa, besando la descarnada mano de su tía.

La Sra. Delaroche estaba inquieta y agobiada por extraña fatiga. Quizás los tristes recuerdos de sus desgraciados amores, quizá la vecindad de la muerte, el caso es que aquella noche tuvo fuerte calentura y el siguiente día no abandonó la cama. Complacíase testificando á Teresa el mayor afecto, pero embargada con indefinida tristeza, como si cuando iba á morir sintiera la posibilidad de ser amada y de amar. La siguiente noche empezó el delirio. Figurábase que la habitación estaba llena de gentes que le pedían prestado murmurando de su mal corazón.

—Venid, les decía, voy á daros limosna... ¿Qué, no la queréis? Juana, aparta tu mirada torva: no te quitaré la granja que llevas en arrendamiento... Antonio, ¿cómo afirmas que te hice morir de hambre...?

De súbito se incorporó, y dijo:

—¿Qué predica el señor cura? ¡Ah! la parábola del rico avariento! Lázaro va al cielo. ¡Lázaro ruega por mí!

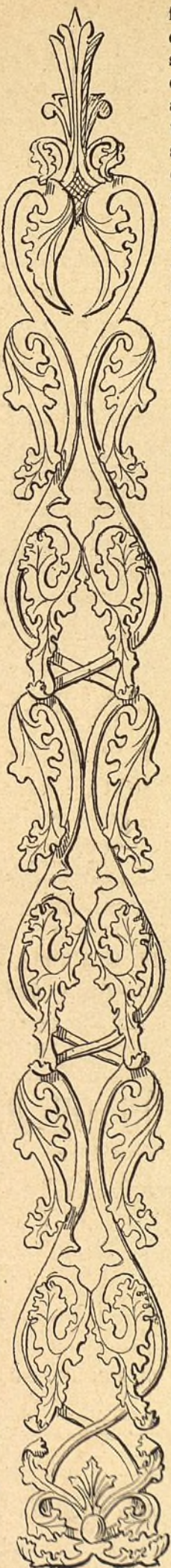
Asustada Teresa ante tan grave agitación, abrazó á su tía procurando tranquilizarla; pero durante la noche continuó el delirio, creyendo la enferma ver en torno de su lecho pobres que pedían socorro, niños que suplicaban pan, deudores gimiendo sin albergue, pues ella los echó de sus casas; todos en actitud amenazadora acusándola de avara y de cruel.

El día calmó estas angustias. Después de ligero descanso, la enferma despertó, y testificando su habitual carácter, censuró los gastos extraordinarios hechos para su alimento, y el cambio diario de las sábanas. Pero volvió la fiebre, y conociendo ella su gravedad, dijo á Teresa:

—Si mañana no estoy mejor, manda llamar al señor cura. Mi padre murió como cristiano, y yo quiero morir del mismo modo.

Al anoecer del siguiente día la infeliz anciana entregó su alma al divino Hacedor. Momentos antes de espirar llamó á Teresa y la dijo:

—Serás muy rica, hija mía; consulta y medita tus acciones todas.





## SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona. . . . .	3 ptas.
J. S., de id. . . . .	2'50 »
Hilario García Crehuent, de Villamesia. . . . .	8 »
Pedro J. Alcorta, de Elgoibar. . . . .	2 »

## OBRA NUEVA EL PATRIARCA S. JOSÉ ESPOSO DE MARIA SANTISIMA

según la V. Madre sor María de Jesús de Agreda, por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores. Adornado con hermosos grabados.

Precio: 2 ptas. en rústica.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.

Última carta recibida, que atestigua una vez más la gran aceptación y eficacia del

## JARABE ALMERA

Sr. D. PEDRO ALMERA.—Nerja (Málaga), 4 de Julio de 1899.

Muy señor mío y respetable compañero: En mi poder su atenta y el cajoncito con los seis botes del precioso *Jarabe Almera*: doy á V. las más expresivas gracias por su envío, que le agradezco en el alma, y en especial mi hija, que bendice á V. por su preparación.

Puede V. hacer público por todo el mundo y respondo con mi vida que el *Jarabe Almera de clorofosfato cálcico gelatinoso, con ácido fosfórico*, es el medicamento verdad que cura las afecciones óseas y corrige los defectos articulares en poco tiempo. Mi hija es una prueba que no admite duda, y espero probarlo en otros casos de la localidad tan luego como hayan visto el feliz resultado de mi niña.

No sé con qué pagarle este beneficio, pero pido á Dios le ilumine para la invención de otros preparados que hagan competencia á los extranjeros, y curen todas las dolencias para las que hoy no hay medicamento conocido.

Reciba V. sincera expresión de toda mi familia y en particular de su compañero s. s. q. b. s. m.—*Rafael González Ortega*, médico.

FARMACIA ALMERA, XUCIÁ, 21, BARCELONA



## IMÁGENES.

Instituto Cristiano de Artes Decorativas.

HIJO DE JACINTO CALSINA.

CASA FUNDADA EL AÑO 1872.

Grandes talleres de **Escultura religiosa** sobre madera. **Imágenes** de talla de todas dimensiones y precios de los **más económicos** á las clases más artísticas.

**ALTARES.—TEMPLETES.—ORATORIOS.**  
**DE ACTUALIDAD.**

**ESCULTURAS DE SAN JOSE.**

**TALLERES, EXPOSICIÓN Y VENTA.**

**62. Paseo de Gracia, 62.—BARCELONA.**

Por correo, apartado n.º 189.

## NUEVA ESTAMPA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, á 3 pesetas ciento, y 25 el millar

Deseando ofrecer á los católicos españoles una estampa la más hermosa de cuantas hasta la fecha se editaron del Sagrado Corazón de Jesús, encargó esta *Librería y Tipografía Católica* á un muy distinguido artista español el dibujo, y hoy, próximos los cultos que la Iglesia tributa al Corazón Delfico, la pone en venta, lujosamente impresa en papel mate superior y rodeada de filete dorado. La numerosísima tirada permite venderla al infimo precio indicado, que la hace muy propia para ser distribuida en todas las funciones religiosas del mes de Junio.

Estampas por muestra gratis á los señores Sacerdotes y Directores de colegios ó Congregaciones religiosas que las pidan.

Siguen vendiéndose á los citados precios la tercera edición de la estampa de **La Inmaculada Concepción**.—La cuarta edición de la de **Nuestra Señora del Carmen**.—La segunda de **San Antonio de Padua**, y la recién editada del glorioso Patriarca **San José**.

Edición catalana de la estampa del SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, al mismo precio que la castellana.

**Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.**

## PARA JUNIO

**El alma religiosa** en la escuela del Corazón de Jesús, ó sea *Mes de Junio* para las personas consagradas á Dios.—1 pta. en tela.

**El devoto** del Sacratísimo Corazón de Jesús: ejercicios piadosos para obsequiar al Divino Corazón, por el P. Longinos Navás, S. J.—En 16.º, 30 cént. en rústica, y 75 en tela.

**Del conocimiento** y amor de Jesucristo. Libro de oro en el que se da exprimida la esencia de muchos volúmenes.—En 16.º, 1'50 ptas. en piel.

**El corazón** educado en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, por D. Serafín Casas Abad.—En 16.º, 25 cént. en rústica, y 50 en tela.

**El Corazón** de Jesús predicado. Sermones sobre su devoción, por D. Francisco Cuesta Espino, Phro.—En 4.º, 2 ptas. en rústica, y 3 en pasta.

**Declaración** y meditaciones de los Oficios del Sagrado Corazón de Jesús, por el P. Antonio Gació, S. J.—En 8.º, 50 cént. en rústica.

**De la devoción** al Sagrado Corazón de Jesús y de sus excelencias, por el P. Segundo Franco.—En 8.º, 1 pta. en rústica, y 1'75 en pasta.

**Un mes** en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, seguido de un Triduo, Novena y Primer Viernes, por D. Enrique de Ossó, Phro.—En 16.º, 1'50 ptas. en piel.

**Mes de Junio** dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, acomodado á toda clase de personas, por D. Felix Sardá y Salvany, Phro.—En 16.º, 38 cént. en rústica, y 75 en tela. Edición fina, 75 cént. en rústica, y 1'75 ptas. en percalina y canto dorado. Otra edición en catalán, á 30 céntimos en rústica, y 75 en tela.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

## MÁQUINAS

á chorro de arena, de **Alfred Gutman** (Alemania-Ottensen), **especiales** para grabar cristales, vidrios y piedras de todas clases y tamaños, grabar y limpiar metales; indispensables á todas las industrias de dichos ramos, como también á todas las fundiciones de metales, joyeros y en general para el grabado, dibujo y limpiar materias duras.

**Únicos agentes en España:**

R. y M. Casals, Tallers, 14, principal, Barcelona

R. y M.—N.º 4

## HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Única Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona